NOSOTROS

PARINI ó DE LA GLORIA

(CONCLUSIÓN)

VI. — Estas son en parte las dificultades que te disputarán la adquisición de la gloria en el ánimo de los estudiosos y de aquellos mismos que sobresalen en el arte de escribir, y en la ciencia. Y en cuanto á los que, si bien bastante dotados de aquella cultura que es hoy día necesario elemento de civilización, no se dedican especialmente ni á estudiar ni á escribir, y sólo leen por pasatiempo, bien sabes que no son aptos para recrearse más que hasta cierto punto con la bondad de los libros: esto, aparte de lo antes dicho, también por otra causa que me resta decir. A saber, que ellos no buscan otra cosa en lo que leen, que el deleite presente. Pero el presente es pequeño y por su naturaleza insípido para todos los hombres. De ahí que las más dulces cosas y como dice Homero,

Venus, el sueño, el canto y la danza

pronto necesariamente acaben por hastiarnos, si á la ocupación presente no va unida la esperanza de algún deleite ó ventaja futuros, que de aquella dependan.

Pues la condición del hombre no es capaz de ningún goce notable, que no consista sobre todo en la esperanza, cuya fuerza es tal, que si á muchísimas ocupaciones exentas en sí mismas de todo placer, y también tediosas ó fatigosas, se les agrega la esperanza de algún fruto, resultan gratísimas y divertidísimas por largas que sean; y, al contrario, las cosas estimadas en sí deleitables, se-

paradas de la esperanza vuélvense fastidiosas apenas son saboreadas. Y, en tanto, nosotros vemos que los estudiosos son como insaciables de la lectura, aun aridísima á menudo, y sienten un continuo deleite en sus estudios, proseguidos durante buena parte del día; como que en la una y en los otros tienen siempre delante de los ojos un objeto puesto en lo futuro, y una esperanza de progreso y de utilidad, cualquiera que sea; y en las mismas lecturas que hacen á veces por ocio y entretenimiento, no dejan de proponerse, á más del deleite presente, alguna otra utilidad más ó menos determinada. Mientras que los demás, no tendiendo en la lectura á otro fin que no esté contenido, por decirlo así, en los términos de la misma lectura, ya desde las primeras páginas de los libros más recreativos y amables, tras un vano placer se encuentran ahitos; de modo que suelen ir errando nauseados de libro en libro, y terminan los más de ellos por maravillarse de como otros puedan experimentar un largo placer en la larga lectura. Por tanto, también por esto puedes conocer que cualquier arte, industria y fatiga de quien escribe, es completamente perdida para tales personas, á cuyo número pertenece generalmente la mayoría de los lectores. Y también los estudiosos, variadas con el andar de los años la materia y la cualidad de sus estudios, apenas soportan la lectura de libros por los cuales en otro tiempo fueron ó habrían podido ser deleitados sobremanera; y si bien tienen todavía la inteligencia y la pericia necesarias para conocer su valor, sin embargo no sienten con ellos sino tedio, porque no esperan de ellos ninguna utilidad.

VII. — Hasta aquí se ha hablado del escribir en general, y de ciertas cosas que atañen principalmente á las letras amenas, á cuyo estudio te veo inclinado más que á cualquier otro. Tratemos ahora particularmente de la filosofía, sin entender, empero, separar aquéllas de ésta, de la cual dependen por completo. Acaso pienses que derivando la filosofía de la razón, que los hombres cultivados talvez poseen en mayor grado que la imaginación y la capacidad afectiva—, el valor de las obras filosóficas haya de ser conocido más fácilmente y por mayor número de personas, que el de los poemas y el de los restantes escritos que se proponen lo agradable y lo bello. Ahora bien, yo creo que el proporcionado juicio y la sensibilidad perfecta son en la estimación de aquellas obras, poco

menos raros que en la de éstas. En primer término, ten por cierto que para hacer notables progresos en la filosofía, no bastan la sutileza de ingenio y la gran facultad de raciocinio, sino que también se necesita mucha fuerza imaginativa; y que Descartes, Galileo, Leibnitz, Newton, Vico, hubiesen podido ser sumos poetas, en cuanto á la innata disposición de su ingenio, y sumos filósofos al contrario, Homero, Dante, Shakespeare. Pero como este punto requeriría muchas palabras para ser explanado y tratado plenamente, lo que nos alejaría bastante de nuestro propósito; por ello, contentándome con esta indicación y prosiguiendo, digo que sólo los filósofos pueden conocer perfectamente el valor de los libros filosóficos, y sentir con ellos deleite. Entiendo hablar de cuanto á la substancia se refiere, no de cualquier adorno que puedan tener, de estilo ó de otro género. Pues, así como los hombres de naturaleza, por modo de decir, no poética, aunque entiendan las palabras y el sentido, no se abren á los afectos é imágenes de los poemas, así muy á menudo quienes no están acostumbrados á meditar y filosofar consigo mismos, ó que no son aptos para pensar profundamente, por más verdaderos y cuidadosos que sean los raciocinios y conclusiones del filósofo, y claro el modo que él usa para exponer los unos y las otras, entienden las palabras y lo que él quiere decir, mas no la verdad de sus discursos. Porque no teniendo la aptitud ó el hábito de penetrar con el pensamiento en la intimidad de las cosas, ni de desenlazar y dividir las propias ideas en sus mínimas partes, ni de unir y atar juntas un buen número de tales ideas, ni de contemplar con la mente de una sola mirada muchos particulares á fin de sacar de ellos una generalización, ni de seguir incansablemente con el intelecto un largo orden de verdades conexas entre sí de mano á mano, ni de descubrir las sutiles y recónditas junturas que cada verdad tiene con ciertas otras, no pueden fácilmente, ó de ningún modo, imitar y reiterar con su propia mente las operaciones hechas, ni experimentar las impresiones experimentadas por la mente del filósofo: único procedimiento para ver, comprender y estimar convenientemente las causas que indujeron á dicho filósofo á emitir tal ó cual juicio, á afirmar tal ó cual cosa, á dudar de tal ó cual otra. Así que, aunque entiendan sus conceptos, no entienden si son verdaderos ó probables, no teniendo ó no pudiendo hacer una casi

experiencia de su verdad y probabilidad. Lo cual es poco diverso de lo que les acontece á los hombres naturalmente frios, respecto á las imágenes y sentimientos expresados por los poetas. Y bien sabes que es común al poeta y al filósofo, internarse en lo profundo de las almas humanas, y sacar á luz sus íntimas cualidades y variedades, las acciones, los movimientos y los hechos ocultos, las causas y los efectos de las unas y de los otros: en el cual análisis, quienes no son capaces de sentir en sí mismos la correspondencia con la verdad de los conceptos poéticos, tampoco sienten ni conocen la de los filosóficos.

De dichas causas nace lo que de continuo observamos, que muchas obras insignes, á pesar de ser igualmente claras é inteligibles para todos, les parecen á algunos contener mil verdades certísimas á otros mil manifiestos errores: de donde ellas son impugnadas, pública ó privadamente, no sólo por malignidad ó por interés ó por otros motivos semejantes, mas también por debilidad mental, ó por incapacidad de sentir y comprender la certidumbre de sus principios, la rectitud de sus deducciones y conclusiones, y generalmente la conveniencia, la eficacia y la verdad de sus discursos. Frecuentes veces las más estupendas obras filosóficas son también tachadas de oscuras, no por culpa de los escritores, sino de un lado por la profundidad ó la novedad de sus opiniones, y del otro por la oscuridad del intelecto de quien de ningún modo podría comprenderlas. Considera pues cuanta dificultad hay en alcanzar alabanza, por merecida que sea, también en el género filosófico. En efecto no puedes dudar, aunque yo no lo manifieste, que el número de los filósofos verdaderos y profundos, fuera de los cuales no hay quien sepa apreciar debidamente á los otros tales, es pequeñísimo, aun en la edad presente, bien que se entregue al amor de la filosofía más que las pasadas. Y paso sobre las varias facciones, ó, como quiera se llamen, en que están divididos hoy día, como lo estuvieren siempre, quienes ejercen la profesión de filosofar; cada una de las cuales niega de ordinario la debida alabanza y estimación á los de las demás, no sólo voluntariamente, sino á causa de tener el intelecto ocupado por otros principios.

VIII. — Si luego (como no hay cosa que yo no pueda prometerme de tu ingenio) tú ascendieras con el saber

y la meditación á tanta altura, que te fuese dado, como ya lo fué á uno que otro espíritu escogido, descubrir alguna principalísima verdad, no solamente antes permanecida incógnita en todo tiempo, pero por completo lejana de la expectación de los hombres, y por completo diversa de las opiniones presentes, aun de los sabios, ó á ellas contraria; no pienses que habrías de recoger durante tu vida por este descubrimiento alguna alabanza no vulgar. Antes, no recibirás alabanza, ni siquiera de los doctos (salvo quizás una mínima parte de ellos), hasta que al ser aquellas mismas verdades, repetidas ora por uno, ora por otro, no acostumbren á ellas los hombres, poco á poco y con el tiempo, primero los oídos y luego el intelecto. Porque ninguna verdad nueva, y del todo ajena á las opiniones corrientes, aun cuando fuera demostrada por el primero que la advirtió, con evidencia y certidumbre iguales ó semejantes á la geométrica, no pudo ser jamás introducida y establecida súbitamente en el mundo, á menos que las demostraciones no fuesen materiales, sino sólo en el curso del tiempo, mediante la costumbre y el ejemplo, habituándose los hombres á creer como á cualquier otra cosa; antes bien creyendo generalmente por hábito y no por certeza de pruebas, concebida en el ánimo; hasta que al fin esa verdad, comenzada á enseñar á los niños, fué comúnmente aceptada, y recordado con maravilla el desconocimiento de la misma, y mofadas las opiniones diversas de los antepasados ó de los vivientes. Ello empero con tanta mayor dificultad y dilación, cuanto dichas verdades nuevas é increíbles fueron mayores y más capitales, y por consiguiente subversoras de mayor número de opiniones radicadas en los espíritus. Ni siquiera las inteligencias agudas y ejercitadas, sienten fácilmente toda la eficacia de las razones que demuestran semejantes verdades inauditas, que exceden harto trecho los límites de los conocimientos y costumbres de dichas inteligencias; máxime cuando tales razones y tales verdades repugnan á las creencias envejecidas en ellas.

Descartes en su tiempo, en la geometría, que amplificó maravillosamente al adaptarle el álgebra, y con sus demás hallazgos, no fué siquiera entendido, á excepción de muy pocos. Lo propio aconteció á Newton. En verdad, la condición de los hombres extraordinariamente superiores en sabiduría á su propia edad, no es muy diferente de la de los literatos y doctos que viven en ciudades

y provincias faltas de estudios; por cuanto, ni éstos, como luego diré, por sus conciudadanos y comprovincianos, ni aquéllos por sus contemporáneos, son tenidos en la consideración que merecerían; antes, frecuentísimas veces son despreciados, por la diversidad de su vida y opiniones de las de los demás, y por la común insuficiencia para conocer el valor de sus aptitudes y obras.

No es dudoso que el género humano va en estos tiempos, desde el renacimiento de la civilización, adelantando continuamente en la sabiduría. Pero su marcha es lenta y mesurada; mientras que los espíritus sumos y singulares, que se entregan á la especulación de este universo sensible al hombre, ó inteligible, y á la persecución de la verdad, caminan, ó mejor, corren á veces velozmente y casi sin medida alguna. Y no por eso es posible que el mundo, al verlos marchar tan ligeros, apresure tanto el paso que llegue con ellos ó poco después de ellos, allí donde por último se detienen. Al contrario, no sale de su paso, y no se traslada algunas veces á tal ó cual término, sino solamente en el espacio de uno ó más siglos, después que algún alto espíritu allá se trasladó.

Es una opinión, puede decirse, universal, que el saber humano debe la mayor parte de su progreso, á aquellos ingenios supremos, que surgen de tiempo en tiempo, ahora uno, ahora otro, cual milagros de la naturaleza. Yo al revés estimo que él debe á los ingenios ordinarios la mayor parte, á los extraordinarios poquísimo. Uno de éstos, supongamos, después de haber recorrido con la doctrina el espacio de los conocimientos de sus contemporáneos, adelanta en el saber, por así decir, diez pasos más. Pero los demás hombres, no sólo no se disponen á seguirlo, sino que, las más de las veces, para callar lo peor, se rien de su adelantamiento. Mientras tanto, muchos ingenios mediocres, talvez ayudándose en parte con los conceptos y descubrimientos de aquel sumo, pero principalmente por medio de los estudios propios, hacen conjuntamente un paso, en el cual, por la brevedad del trecho, es decir, por la escasa novedad de sus dictámenes, y también por la muchedumbre de sus autores, son al cabo de algunos años universalmente seguidos. Así adelantando, según lo habitual, paso á paso, y por obra del ejemplo de otros intelectos mediocres, los hombres cumplen por fin el décimo paso; y las opiniones de aquel sumo son comúnmente aceptadas como verdaderas en to-

das las naciones civilizadas. El, sin embargo, ya desde gran tiempo fallecido, no adquiere por tal suceso una tardía é intempestiva reputación; en parte, por haberse perdido la memoria de su nombre, ó porque la opinión injusta tenida sobre él mientras vivió, confirmada por la larga costumbre, prevalece sobre toda otra consideración; en parte porque no por obra de él han llegado los hombres á ese grado de conocimiento; y en parte porque ya le son iguales en el saber, pronto lo ultrapasarán, y acaso le son superiores también en lo presente, habiéndose podido con el transcurso del tiempo, demostrar y esclarecer mejor las verdades por él imaginadas, reducir sus conjeturas á certezas, dar mejor orden y forma á sus hallazgos, y casi madurarlos. A menos que alguno de los estudiosos recorriendo acaso la historia de los tiempos anteriores, al considerar las opiniones de aquel grande, y al confrontarlas con las de su posteridad, advierta como y cuanto él se anticipó al género humano, y le tribute algunas alabanzas, que levantan poco rumor y caen pronto en el olvido.

Si bien el progreso del saber humano, como la caída de los graves, adquiere de momento en momento mayor celeridad, no obstante es muy difícil que suceda que una misma generación de hombres mude de opinión, ó conozca los propios errores de suerte tal que ella crea hoy lo contrario de lo que creyó en otro tiempo. Eso sí, prepara tales medios á la siguiente, que ésta conoce y cree en muchas cosas lo contrario que aquélla. Pero del mismo modo que nadie siente el perpetuo movimiento que nos hace girar junto con la tierra, la universalidad de los hombres no advierte el contínuo progreso que hacen sus conocimientos, ni la asídua variación de sus juicios. Y nunca cambia de opinión de tal suerte que crea cambiarla. Mas, ciertamente no podría abstenerse de creerlo y de no advertirlo, toda vez que abrazara súbitamente una opinión muy ajena á las tenidas hasta entonces. Por tanto, ninguna verdad semejante, salvo que no caiga bajo los sentidos, jamás será creída comúnmente por los contemporáneos del primero que la conoció.

IX. — Supongamos que superados todos los obstáculos y ayudado el mérito por la fortuna, hayas en efecto conseguido, no ya celebridad, sino gloria, y no después de tu muerte, sino en vida. Veamos qué fruto sacarás de ella. Ante todo, aquel deseo de los hombres de verte y

conocerte personalmente, aquel ser señalado con el dedo, aquel honor y aquella reverencia manifestados por los presentes con los actos y las palabras, cosas en las cuales consiste la mayor utilidad de esta gloria que nace de los escritos, parecería que más debieran hacerte objeto en las ciudades pequeñas, que no en las grandes, donde los ojos y los ánimos son distraídos en parte por el poder, en parte por la riqueza, en último término por las artes que sirven al entretenimiento y á la alegría de la vida inútil. Pero como las ciudades pequeñas adolecen por lo común de falta de medios y subsidios por los que pueda llegarse á la excelencia en las letras y en el saber; y como todo lo raro y estimable se concentra y reune en las grandes ciudades, por eso las pequeñas, raramente habitadas por los doctos, y desprovistas ordinariamente de buenos estudios, suelen tener en tan baja consideración no sólo la doctrina y la sabiduría, mas la misma fama que alguien ha adquirido por estos medios, que una y otras en estos lugares no son objeto de envidia. Y si por azar alguna persona considerable ó también extraordinaria de ingenio y de estudios, habita en un lugar pequeño, el ser por entero única en él, no ya acrece su valor, sino que la perjudica de tal suerte que, á menudo, aunque sea famosa fuera del lugar, ella pasa en medio de esos hombres, por la más olvidada y oscura persona. Así como allí donde el oro y la plata fueran desconocidos y sin valor, quien, careciendo de todo otro haber, abundase de estos metales, no sería más rico que los demás, sino muy pobre, y tenido por tal; así, donde el ingenio y la ciencia no se conocen, y por no conocidos no se aprecian, allí, si bien hubiese alguno que de ellos abundara no tendría la facultad de superar á los demás, y á no poseer otros bienes, sería menospreciado. Y tan lejos está él de poder ser honrado en semejantes lugares, que muy á menudo es reputado mayor de lo que es de hecho, y no por eso tenido en estimación alguna. En la época en que, de adolescente, iba yo á veces á mi pequeño Bosisio, al saberse en el lugar que yo me dedicaba al estudio y me ejercitaba un poco en escribir, los paisanos me reputaban poeta, filósofo, físico, matemático, médico, legista, teólogo, y perito en todas las lenguas del mundo; y me interrogaban, sin hacer la mínima diferencia, sobre cualquier punto de cualesquiera disciplina ó lengua, que por accidente entrara en la conversación. Sin embargo, no

por esta su opinión me estimaban gran cosa; antes, me creían bastante menor que todos los hombres doctos de los otros lugares. Pero si yo los dejaba entrar en duda sobre si mi ciencia no sería algo menos desmesurada de lo que ellos pensaban, caía todavía muchísimo en su concepto, y se persuadían por último de que esa mi doctrina de ningún modo se extendía más que la de ellos.

De cuantos obstáculos se interpongan en las grandes ciudades, así á la adquisición de la gloria, como á poder gozar de sus frutos, luego de adquirida, no te será difícil juzgar, por las cosas dichas ha poco. Agrego ahora que, si bien no hay fama más difícil de merecer que la de egregio poeta ó de escritor ameno ó de filósofo, á las cuales tú principalmente propendes, con todo no hay fama que menos fructuosa resulte á quien la posee. No ignoras las lamentaciones perpetuas, los antiguos y los modernos ejemplos de la miseria y de las desventuras de los poetas sumos. En Homero, todo (para así decirlo) es vago y delicadamente indefinido, tanto en su poesía, como en su persona; por ser su patria, su vida, todo lo á él concerniente, cual un arcano impenetrable á los hombres. Sólo, en medio de tanta incertidumbre é ignorancia, se sabe por una muy constante tradición, que Homero fué pobre é infeliz, como si la fama y la memoria de los siglos no hubiesen querido dejar lugar á duda acerca de que la suerte de los demás poetas excelentes ha de ser igual á la del príncipe de la poesía.

Pero dejando de tratar de los restantes bienes, y sólo hablando de la honra, ninguna fama en el curso de la vida suele ser menos honrosa, y menos útil para ser considerado más que los otros, que lo son las que acabo de especificar. Sea que la multitud de las personas que la obtienen sin mérito, y la misma inmensa dificultad de merecerla, resten valor y confianza en tales reputaciones; ó más bien, porque casi todos los hombres de ingenio ligeramente culto, crean poseer ó poder fácilmente adquirir tal conocimiento y dominio, ó de las letras amenas, ó de la filosofía, que no reconozcan por gran cosa superiores á sí mismos, á quienes verdaderamente valen en estas materias; ó bien, en parte por una, en parte por la otra causa, el caso es que el gozar de renombre de mediocre matemático, físico, filólogo, anticuario; de mediocre pintor, escultor, músico; de ser medianamente versado aunque sea en una sola lengua antigua ó peregrina, es motivo

para lograr cerca de la generalidad de los hombres, aun en las mejores ciudades, mucha mayor estima que la que se consigue siendo conocido y celebrado por los buenos jueces como filósofo ó poeta insigne, ó como hombre excelente en el arte del bello estilo. Así que, las dos partes más nobles, más fatigosas para adquirir, más extraordinarias, más estupendas; las dos sumidades, por así decir, del arte y de la ciencia humanas; digo, la poesía y la filosofía, son, hoy día especialmente, entre todas las aptitudes, las menos consideradas en quienes las profesan, y aun pospuestas á las artes que se ejercen principalmente con la mano; tanto por otras razones, como porque nadie presume, ni poseer alguna de estas últimas, no habiéndola adquirido, ni poderla adquirir sin estudio ni trabajo. En fin, el poeta y el filósofo no consiguen en vida otro fruto de su ingenio, otro premio de sus estudios, que no sea acaso una gloria nacida y restringida en medio de un pequeñísimo número de personas. Y ésta es también una de las muchas cosas en las cuales la poesía concuerda con la filosofía, *pobre*, asimismo aquélla, y *desnuda*, como canta el Petrarca, no sólo de todo otro bien, mas también de reverencia y honra.

X. — No pudiendo en el trato de los hombres, gozar casi de ningún beneficio de tu gloria, la mayor utilidad que sacarás de ésta será la de platicar y complacerte de ella contigo mismo en el silencio de tu soledad, usándola como estímulo y consuelo para nuevos trabajos y como fundamento para nuevas esperanzas. Porque la gloria de los escritores, no solamente, como todos los bienes de los hombres, resulta más grata de lejos que de cerca, sino que, nunca está presente á quien la posee, y no se encuentra en ningún lugar.

Por lo tanto, recurrirás por último con la imaginación á aquel extremo refugio y consuelo de las almas grandes, que es la posteridad. Así Cicerón, rico, no de una simple gloria, y vulgar ó tenue, sino de una múltiple é inusitada, y tan grande cuanta podía alcanzar á un sumo antiguo y romano, entre hombres romanos y antiguos, se dirige no obstante con el anhelo á las generaciones futuras, diciendo, si bien en boca de otra persona: «¿Piensas tú que yo hubiera podido inducirme á arriesgar y á sobrellevar tantas fatigas, de día y de noche, en la ciudad y en el campo, si habría creído que mi gloria no hubiese de pasar los límites de mi vida? ¿No era preferible elegir

una vida ociosa y tranquila, sin ningún trabajo ni cuidado? Pero mi alma, no sé cómo, cual si hubiese alzado la cabeza, miraba continuamente á la posteridad de tal manera como si ella, después de haber pasado la vida, estuviese finalmente entonces por revivir». (1) Lo cual es referido por Cicerón á un sentimiento de la inmortalidad de las propias almas, engendrado por la naturaleza en los pechos humanos. Pero su verdadera causa es que todos los bienes del mundo no son adquiridos antes que los conozcamos indignos de los cuidados y fatigas soportados para conseguirlos; máximamente la gloria, que entre todos los demás, se compra á mayor precio y se la posee con menos empleo. Mas, así como, según el dicho de Simónides,

La bella speme tutti ci nutrica
Di sembianze beate;
Onde ciascun indarno si affatica;
Altri l' aurora amica, altri l' etate
O la stagione aspetta;
E nullo in terra il mortal corso affretta
Cui nell'anno avvenir facili e pii
Con Pluto l'altri iddii
La mente non prometta; (2)

así, de mano en mano que alguien por experiencia se cerciora de la vanidad de la gloria, su esperanza cual cazada y perseguida de lugar en lugar, por último no teniendo ya donde reposar en todo el espacio de la vida, no por ella caduca, sino que, pasando más allá de la misma muerte, se detiene en la posteridad. Porque el hombre tiende siempre, necesitándolo, á sustentarse con el bien futuro, así como siempre está malamente satisfecho del bien presente. De donde aquéllos que son deseosos de gloria, aun cuando la hayan obtenido en vida, se alimentan principalmente de la que esperan poseer después de la muerte, del mismo modo que nadie es hoy tan feliz que, despreciando la vana felicidad presente, no se conforte con el pensamiento de la semejantemente vana que él se promete en lo porvenir.

XI. — Pero, en fin de cuentas, ¿qué vale que nos acojamos á la posteridad? Cierto es que la naturaleza de la imaginación humana nos lleva á formarnos de los venide-

---

(1) El que habla es Porcio Catón, en el libro *De senectute*, cap. 23. (T.)

(2) Estos versos son parte de la imitación por Leopardi de un fragmento de Simónides, que nos ha conservado Estobeo. (Ver el número XL de los *Cantos*). He creído prudente no intentar su traducción. (T.)

ros un mayor concepto, y mejor, del que nos formamos de los presentes, y también de los pasados, sólo porque no podemos tener, ni por experiencia, ni por fama, noticia ninguna de los hombres que todavía no son. Pero en lo que á la razón respecta, y no ya á la imaginación, ¿creemos nosotros que en efecto quienes vengan, serán mejores que los presentes? Yo creo más bien lo contrario, y tengo por verídico el refrán, que el mundo envejece empeorando. Mejor condición me parecería la de los hombres egregios, si pudiesen apelar á los pasados; los cuales, según Ciceron, no fueron inferiores en número á lo que serán los venideros, y les fueron superiores en la virtud. Pero de seguro, el hombre da mayor mérito de este siglo no ha de recibir de los antiguos alabanza ninguna. Concedamos que los venideros, como que estarán libres de la emulación, de la envidia, del amor y del odio, no entre sí, pero sí hacia nosotros, hayan de ser más rectos jueces de nuestras cosas, que los contemporáneos lo son. ¿Acaso también por otro respecto serán mejores jueces? ¿Pensamos nosotros, para hablar únicamente de lo que á los estudios toca, que la posteridad contará con mayor número de poetas excelentes, de escritores óptimos, de filosófos verdaderos y profundos, desde que hemos visto que solos éstos pueden estimar dignamente á sus semejantes? ¿O bien, que el juicio de éstos tendrá mayor influencia en la multitud de entonces, que tiene el de los nuestros en la presente? ¿Creemos que en la generalidad de los hombres las facultades del corazón, de la imaginativa, del intelecto, serán mayores que lo que son hoy día?

¿No vemos nosotros en las letras amenas cuantos siglos ha habido de juicio tan pervertido que, despreciando la verdadera excelencia del escribir, olvidando ó mofándose de los óptimos escritores antiguos ó nuevos, han amado y apreciado constantemente tal ó cual estilo bárbaro, considerándolo asimismo el único conveniente y natural, puesto que, cualquier costumbre, aunque corrompida y pésima, difícilmente se discierne de la naturaleza? ¿Y no vemos que ello ha sucedido en siglos y naciones, por lo demás nobles y gentiles? ¿Qué certidumbre tenemos nosotros de que la posteridad haya de alabar siempre aquellos estilos que nosotros alabamos, aun admitiendo que hoy se alaben los que son verdaderamente loables? Ciertamente los juicios y las preferencias de los hombres por las bellezas del estilo, son mudabilísimos, y diversos

según los tiempos, la naturaleza de los lugares y de los pueblos, las costumbres, los usos, las personas. Ahora bien, es fuerza que á esta variedad é inconstancia igualmente sucumba la gloria de los escritores.

Todavía más varia y mudable es la condición, así de la filosofía como de las demás ciencias, si bien á primera vista parezca lo contrario; porque las letras amenas miran á la belleza, que depende en gran parte de los hábitos y de las opiniones; las ciencias á la verdad, que es inmoble y no sufre cambio. Mas, como esta verdad está oculta á los mortales excepto la parte que los siglos descubren poco á poco; por ello los hombres, esforzándose en conocerla, conjeturandola, abrazando tal ó cual apariencia de ella en su lugar, se dividen en muchas opiniones y muchas sectas: de dónde nace en las ciencias una no pequeña variedad. Por otra parte, con las nuevas noticias y con las nuevas casi vislumbres de la verdad que de mano en mano van adquiriéndose, las ciencias crecen de continuo; por lo cual, y porque prevalecen en ella en diversos tiempos diversas opiniones, que substituyen á las certezas, sucede que aquéllas durando poco ó nada en un mismo estado, cambian de forma y cualidad de cuando en cuando. Dejo á un lado el primer punto, es decir la variedad que acaso no perjudica menos á la gloria de los filosófos ó de los sabios cerca de su posteridad, que cerca de sus contemporáneos. Pero la mutabilidad de las ciencias y de la filosofía ¿cuánto piensas que ha de perjudicar á esta gloria en la posteridad? Cuando por nuevos descubrimientos, ó por nuevas suposiciones y conjeturas, el estado de una ciencia cualquiera haya notablemente cambiado de cual es él en nuestro siglo, ¿en qué estimación serán tenidos los escritores y los conceptos de aquellos hombres que mayores alabanzas alcanzan hoy día en esa ciencia? ¿Quién lee ya las obras de Galileo? (1). Y por cierto que ellas fueron en su tiempo admiradísimas; y quizás, ni mejores, ni más dignas de un sumo intelecto, ni llenas de mayores hallazgos y de conceptos más nobles, se podía entonces escribir en tales materias. No obstante vemos que cualquier mediocre físico ó matemático de la edad presente, es en la una ó en la otra ciencia, muy superior á Galileo. ¿Cuantos leen hoy día los escritos del canciller Bacon? ¿Quién presta aten-

(1) Nadie ignora que posteriormente el nombre de Galileo ha alcanzado, gracias en parte á la divulgación de sus escritos en ediciones monumentales, y también por otras causas, la fama cuya ausencia lamentaba Leopardi (T).

ción al de Malebranche? ¿Y la misma obra de Locke, si los progresos de la ciencia casi fundada por él fueran en lo futuro tan rápidos como muestran deber ser, cuanto tiempo irá en manos de los hombres?

En verdad la misma fuerza de ingenio, la misma industria y fatiga que los filosófos y los sabios emplean para alcanzar la propia gloria, son con el andar del tiempo la causa que la apaga ú oscurece. Pues que del aumento que cada uno de ellos aporta á su ciencia, y por el cual adquieren fama, nacen otros aumentos, á causa de los cuales su nombre y sus escritos caen poco á poco en el olvido. Y ciertamente es difícil á los más de los hombres admirar y venerar en otros una ciencia muy inferior á la propia. Ahora bien, ¿quién puede dudar de que la edad próxima no habrá de conocer la falsedad de muchísimas cosas afirmadas hoy ó creidas por los que son los primeros en la sabiduría, y de superar de no escaso trecho la edad presente en el conocimiento de la verdad?

XII. — Talvez, en suma, busques entender mi parecer y consejo definitivos, acerca de si para tu bien, más te convenga proseguir ó abandonar el camino de esta gloria, tan pobre de utilidad, tan difícil é incierta, no menos para conservarla que para conseguirla, semejante á la sombra, que cuando tú la tienes entre las manos, no puedes ni sentirla ni detenerla sin que huya. Diré brevemente, sin ningún disimulo, mi parecer. Yo considero que esa tu maravillosa agudeza y fuerza de entendimiento, esa nobleza, ardor y fecundidad de afecto y de imaginación, son de todas las cualidades que la suerte dispensa á las almas humanas, las más perjudiciales y lamentables para quien las recibe. Pero, desde que han sido recibidas, con dificultad se huye de su daño; y por otra parte, en estos tiempos, la única utilidad casi que pueden dar, es esta gloria que á veces se saca de ellas, aplicándolas á las letras y á las ciencias. Por consiguiente, como hacen aquellos míseros que siendo por algún accidente deficientes ó mal conformados de algún miembro, se ingenian en encaminar este su infortunio á su mayor provecho posible, sirviéndose de aquél para mover por medio de la misericordia la liberalidad de los hombres; así es mi opinión que tú debas ingeniarte en sacar á cualquier costa de esas tus cualidades el solo bien, aunque pequeño é incierto, que son aptas para producir. Comúnmente son tenidas por beneficios y dones de la natoraleza, y á menudo en-

vidiadas por quien carece de ellas, en los hombres pasados y presentes que las lograron. Lo cual no es menos contrario al recto sentido, que si algún hombre sano envidiara en aquellos míseros que yo decía, las calamidades de su cuerpo, como si el perjuicio que representan pudiese elegirse de buena gana, en atención á la infeliz ganancia que producen. Los demás atienden á obrar, en cuanto los tiempos lo conceden, y á gozar, en cuanto esta condición mortal lo comporta. Los escritores grandes, incapaces por naturaleza ó por costumbre de muchos placeres humanos; privados de otros muchos voluntariamente; no raramente despreciados en el consorcio de los hombres, salvo que de los pocos que siguen los mismos estudios; tienen como destino el de conducir una vida semejante á la muerte, y vivir, si al menos lo consiguen, después de enterrados. Pero nuestro hado, donde quiera nos conduzca, se ha de seguir con ánimo fuerte y grande, lo cual es exigido sobre todo á tu virtud y á la de quienes se te asemejan.

GIACOMO LEOPARDI.

(Trad. de Robert F. Giusti).

FALTABA UNA

El lacerante goce del agudo sadismo
Dióme el tedio sereno del quieto fakirismo,
Y por lógica absurda abandoné las lobas
De la ciudad en busca de agrestes algarrobas.
Las brasas del deleite y la sed de misterio
Me impulsan á cisternas de oscuro monasterio,
Pero mi carne aulla por besos de escarlata
Y mi alma en cruz anhela cuatro clavos de plata.
Y me vine al desierto, confiado en las eternas
Parábolas de Cristo, luminosas y tiernas,
Y ví que del *rebaño de cien* faltaba una
Oveja descarriada en páramos de luna.
Recordé que los dientes en las tibias alcobas
Son como las espinas de aquestas algarrobas,
De esta planta florida en punzantes dolores
Que formó la corona de todos los amores,
La planta que de todas las que cubren el suelo
Estuvo más cerquita á la gloria del cielo,
Planta que en los desiertos procura sus cilicios
A los dulces ascetas sedientos de suplicios.
Y ví que es esta planta, tan común en Neuquén,
Esa de las parábolas allá en Jerusalén....

¡Oh cielos...! Si yo fuera, del *rebaño de cien*
La oveja que entre espinas espera el parabien.

«La Zagala» - 1912.

EDUARDO TALERO.

POR LAS TIERRAS DE CASTILLA

GUADALAJARA

De la estación, la carretera bordada de olmos, nos conduce undulante y en suave ascenso á la ciudad, que está allá, arriba, en eminente sitio, como casi todos estos viejos burgos castellanos.

Qué sereno! qué majestuoso, qué hospitalario es este clmedo secular, enverdecido por las primeras savias primaverales! Se dijera que hay en su quietud acogedora algo como un santo designio harmonioso. . .

Hay troncos que deben medir dos metros de circunferencia. Yérguense derechos, poderosos, con nó sé qué de monacal en el aspecto, y á breve distancia de la base, brctan ya ternuras de retoños, de una deliciosa lozanía, que las cabras que pasan cascabeleando, hacen inútiles esfuerzos por pillar.

Este olmedo nos vuelve simpático desde luego el sitio. Para que el encanto sea mayor, el Henares, que lamió ya el caserío de la antigua Compluto, patria de Cervantes, aquí corre límpido, luciendo sus cristales de un verde profundo, en el fondo de un cauce que recuerda el del Tajo, aunque en este no hay bravas rocas, sino taludes de tierra roja que con facilidad se desmorona. De allí, talvez el nombre de la ciudad, nombre árabe de una bella eufonía: Ouad-al-Hidjara (valle de tierra cayente, de tierra que se desmorona, si esta traducción no disgusta á mis señores los etimologizantes).

Después de precipitarse rápido y erizado bajo los amplios ojos de un puente que se diría de maciza y compacta piedra de Ontoria, el Henares mueve, merced á un

caz, un molino y va á fertilizar un valle riente y amable, que no tiene ninguna esquivez castellana.

La blanca cinta del camino, déjanos en la ciudad, en el nacimiento de su principal arteria: la calle Mayor, baja y alta.

A la derecha, al lado de una vieja iglesia linajuda, se levanta capaz, limpia, albeante, la Academia de Ingenieros.

En los momentos en que llegamos, los alumnos se dirigen con resuelta y elegante marcha á la iglesia, al son de clarines y cajas, luciendo, como toda la oficialidad española, uniformes de una intachable pulcritud. Van á la misa de once.

La Academia de Ingenieros es el alma de Guadalajara, que sin ella y sin su famoso parque de aerostación (en el que hay ya por cierto un tinglado para el dirigible España) bostezaría perennemente con el tedio y la modorra provincianos.

En todas estas ciudades de provincia, como Burgos, Valladolid, Segovia, etc., la previsora Secretaría de Guerra derrama regimientos, que llevan vida, bienestar y alegría.

Valladolid es el Saumur de España; Guadalajara se reserva el *genie*, como Fontanaibleau con sus politécnicos ó Versalles con sus *sous-officiers*.

A unos cuantos pasos de la Academia de Ingenieros surge de pronto el palacio mudéjar de los duques del Infantado: amarillo, señorial, erizado simetricamente de piedras prismáticas, que fingen enormes clavos y que sin el color darían á su fachada el aspecto de una gran plancha de acero simbólica; agujereado de románticos balcones y ventanas, lleno todo de altivo misterio y de hosca majestad.

Yo no conozco edificio más admirable en esta España de los admirables edificios: por lo que insinúa, por lo que sugiere, por su poder invencible de evocación.

Apóyase en él un caserón vetusto, precedido de jardincillos ahora en flor, y que tiene dos puertas modestas. Por una de ellas y no por el gran zaguan de honor, penumbroso á pesar de su amplitud, penetramos al interior, guiados por afable hermana de la orden de la Santa Familia.

Alfonso XII, en 1878 destinó el palacio á los huérfanos de las guerras peninsulares y coloniales. Allí iban

á guarecerse los pobres niños á quienes una bala privara de todo sostén en el mundo.

Había al principio niños y niñas. Ahora á solas huérfanas se destina. Hay en la actualidad doscientas.

Se las educa é instruye con gran solicitud. Se las prepara á fin de que puedan seguir las carreras de telegráfos, correos y el magisterio normal y á los dieciocho años salen del retiro amigo, armadas cristianamente para el bregar de la vida.

Estas niñas están alojadas como reinas. Estudian en cuadras vastísimas, cuyas bóvedas se hallan pintadas al fresco por grandes artistas de España y de Italia, en varios estilos, especialmente en el pompeyano. Cantan, (cuando su clase de música), en la sala de caza, que tiene un artesonado maravilloso y una labrada chimenea monumental. Allí donde los nobles señores se reunían al amor de los crepitantes troncos para discutir sobre las piezas cobradas y referir las peripecias de la caza; allí donde aun resonaba el *alalí* de los bosques y el ladrido de galgos, podencos, dogos y alanos, surge y se derrama por los ámbitos la voz de las vírgenes.

Oran en el salón de los Linajes, digno de un emperador, cuyo techo finge como otros del palacio, estalactitas de oro, de las cuales pendían en otro tiempo las lámparas. Este oro de un portentoso matiz viejo, dicen que es finísimo y que llega en espesor al canto de un duro.

Así pues á nadie parecerá extraño que, según cuentan, artistas ó industriales extranjeros hayan solicitado restaurar por poco precio, el en su concepto deslucido artesón. Empezaron á hacerlo y se advierte desde luego el parche de oro, que chilla, entre el aristocrático oro viejo. Se llevaban el de buenos quilates y ponían el volador: gran negocio!... pero que pronto advertido, se hizo cesar.

En casi todas las estancias se ven aun los clavos de que pendieron las tapicerías. Los muros, hasta un metro de altura poco más ó menos, están guarnecidos de azulejos de Talavera, de la mejor época. Todo el resto del lienzo, lo cubrían antaño los tapices, los extraordinarios tapices que son una de las mayores riquezas de España.

Ahora los sustituye un papel pintado de tonos oscuros.

Todas las estancias dan á cuatro corredores amplísimos, que me recuerdan las casas solariegas de Méjico; pero aquí de una magnificencia por mi nunca vista. Las

dos series de galerías, alta y baja, están esculpidas con una prodigalidad y una riqueza insensatas, recordando con ventaja, las obras del estilo Manuelino en Portugal.

En los ángulos de las galerías altas hay unas medias coronas voladas de mármol, con una delicadeza y una gallardía de trabajo que deslumbra.

La viva luz de Castilla anega, aquella vastedad en su fluido metálico.

Por aquí han paseado los grandes señores de casi cinco siglos (este palacio fué construído en 1614 por Juan y Enrique Guas). En las estancias han vivido innumerables reyes y príncipes. En una de ellas murió doña Mariana de Baviera, cuyo nombre nos evoca el angustioso reinado de Carlos II.

En este palacio fueron los desposorios de Felipe II y de Isabel de Valois y los de Felipe V, é Isabel Farnesio. Aquí se aposentó Francisco I de paso para su prisión de Madrid, para la famosa Torre de los Lujanes. Aquí murió por último, en 1495, el gran cardenal Pedro González de Mendoza, de la familia misma de los Duques del Infantado.

Ahora, la solicitud oficial restaura con mucho celo la reliquia; rehace artesonados, revive dibujos, repara ultrajes.

Una galería más, una enorme varanda, se asoma al huerto espaciosísimo. Frente á ella una fila de olmos enormes se alinea. Ha sido preciso rebajarlos de altura, nos dice la hermana. Habían crecido demasiado.

—Señores Olmos, no hay que *crecer demasiado.*

Se puede sobresalir hasta cierto punto, señores olmos, pero no *demasiado.* ¿Qué es eso de lanzarse rectos y formidables hasta las nubes, humillando á las pobres plantas de por allí abajo, á las chumberas ó nopales que á poca distancia, erizados de espinas como un alma de odios y despechos, se repegan al muro?

Señores olmos, habéis sido orgullosos, imprudentes y osados. En este mundo no se puede crecer mucho! Ya lo sabéis....

*
* *

En la iglesia de Santa María, que tiene tres naves, y dos puertas absolutamente moras, existe otra de las maravillas — una pequeña maravilla — de Guadalaja-

ra: la Virgen de las Batallas, que Alfonso VI, el soberano del Cid, llevaba consigo donde quiera.

Es una estatuita sedente, como de setenta centímetros de altura, con el divino infante en los brazos. Se halla en un estado de conservación estupenda. El buen cura me cuenta que yacía embadurnada de rojo, hasta que él tuvo la idea de limpiarla cuidadosamente, con paciencia benedictina, quitándole á fuerza de fricciones de alcohol, la capa aquella. Y entonces apareció lo que hoy se ve: la estofa portentosa, de dorados delicadisimos, de grecas finas, flor y ornato de aquella madera casi milenaria!

En la misma iglesia hay un gran cuadro que representa la Trinidad. En la parte inferior, á derecha é izquierda, oran San Francisco Javier y San Ignacio. Este cuadro es muy visiblemente de la escuela de Ribera. En el altar corre un retablo con reminiscencias del Greco en lo alargado de algunas figuras.

Una capilla anexa, llena de severidad y de penumbra, sirve de panteón á los duques de Rivas. Allí duermen, «esperando la resurrección» como he leído alguna vez en ciertos epitafios, desde don Nuño de Guzmán y don Gómez Suárez (1501) hasta los padres del autor de *El Moro Expósito*. Un Cristo del Siglo XIV y un San Antonio, desgraciadamente remozado, completan el pequeño tesoro artístico de la Iglesia. El San Antonio está en el bautisterio, que es una capilla llena de carácter ó *cachet* como se estila ahora decir. El cura hubiera querido reformarla, como reformó otra que convirtió en anodina gruta del Lourdes; pero me dice que se le acabó el dinero. Bendito dinero que se le acabó al cura! Dios no le dé más para esas reformas!

*
* *

En San Ginés otra iglesia de Guadalajara, hay mausoleos bellísimos, especialmente los de don Pedro Hurtado de Mendoza y de su mujer Juana de Valencia. Cuando entro, un grupo de comadres pobres, charla en voz alta *de omni re scibili*, con un desenfado extraordinario.

Están como en su casa.

Quien sabe si es la única que tienen las míseras. Pero á don Pedro Hurtado de Mendoza y á doña Juana de Valencia, el palique debe hacerles poquísima gracia.

En San Esteban, iglesita limpia y modernizada de uno de los conventos de Guadalajara (calle de San Bartolo-

mé), diz que está enterrado nada menos que Alvar Fañez de Minaya, el que llevó los famosos presentes aquellos, de parte del Campeador, al rey don Alfonso (1), el formidable compañero y primo (2) del Cid, conquistador de la ciudad. Asi lo cuenta por lo menos Baedeker, quien por cierto anduvo tan parco con Guadalajara que apenas si le consagra unas 28 líneas. Yo busco en vano huellas del sepulcro, tembloroso de emoción. Entre las penumbras de la tarde solo encuentro el de un Beltran de Azagra:

«Aquí está sepultado, dice la inscripción de la hornacina (crucero de la izquierda) el magnífico caballero Francisco Beltran de Azagra, hijo de los muy magníficos señores Diego Beltran de Azagra y doña María Teresa Lozano y Bovadillo. Murió á 24 días del mes de Noviembre de 1547».

El *magnífico caballero* duerme abrazado á su espada en su apetecible sosiego de más de tres centurias.

*

* *

Al salir de nuevo á la calle Mayor, un tropel de niños me rodea:

—Caballero, un cuarto para la Maya!

Y me tienden minúsculas bandejas....

Las Mayas son niñas que en algunos pueblos de España visten graciosamente, lo más majas posible, el día de la Cruz de Mayo. Siéntanlas en una especie de trono y los chicuelos del barrio piden cuartos para ellas, con los cuales se ofrecen después una merienda suculenta. Tengo la fortuna de ver dos mayas en dos portales obscuros.

Son las dos criaturas monísimas. Están allí muy adornadas, inmóviles, hieráticas, (la maya no debe hablar ni reirse) rígidas y graves como vírgenes españolas. Doy mi óbolo para cada una y cumplido este deber con nuestra

(1) Llegó Alvar Fañez á Burgos
á llevar al Rey la empresa
de cautivos y caballos
de despojos y riquezas.
(Romancero.)

(2) Asentáos con Alvar Fañez
que era mi primo hermano.
(Romancero.)

Dama la Tradición, — muy señora mía! — me encamino de nuevo por la cinta de plata de la carretera hacia la estación. Paso el Henares que corre cantando sobre su lecho rojo y digo adios á mis olmos — ¡ya digo *mis!* — á mis monacales olmos, á mis olmos sosegados, apacibles, serenos y mansos como mi espíritu.

AMADO NERVO.

AL MARGEN DEL CAOS PARAGUAYO

El caos paraguayo, visto desde la distancia, corrobora concluyentemente una experiencia americana, certificando una vez más que el tránsito del tumulto inorgánico de la anarquía al orden estable de la etapa constitucional, no se consuma sin efusión de sangre, como que se trata del alumbramiento de la democracia, régimen político superior que presupone en las repúblicas latino-americanas una conflagración civil antecedente, de que careció hasta hace años el Paraguay, pues que de la dictadura pasó á la guerra y de ésta al resurgimiento colectivo.

Las generaciones del Río de la Plata que han venido después de las hecatombes internas, han sido ingratas con las legiones montoneras que prepararon en cierto modo el camino á la natividad de la civilización y al advenimiento de la democracia. Los testigos oculares de aquellas luchas, pudieron, como lo hizo Sarmiento en páginas que han sobrevivido á las convulsiones intestinas, anatematizarlas en nombre de una civilización lograda al cabo de siglos de horror y de barbarie; pero los que han surgido después y disfrutan de los beneficios de aquel rescate de sangre, exigido por la ineptitud del pueblo de entonces para el gobierno representativo, no tienen por qué desconocer el principalísimo papel que han desempeñado en la obra de la unificación nacional las contiendas civiles.

Terminada la guerra de 1870, la nación paraguaya, mutilada y exangüe, se encontró frente al problema vital de su conservación misma. Era lo primero y lo capital para ella. Empezó á rehacerse lentamente, oprimida de un lado por la fatalidad de la historia y contenida, del otro, por la fatalidad de la geografía. No es posible formarse una idea exacta de la enorme suma de labor realizada desde entonces para reconstruir los elementos de la nacio-

nalidad disueltos. Apenas rehecha bajo la dirección de tutores que tenían del gobierno el concepto de un patriarcado benigno, estalló el conflicto entre la constitución escrita, teóricamente ideal, y el pueblo llamado á ponerla en práctica y positivamente incapaz para ello. Este conflicto, relativamente breve si se le compara con la extensión de la guerra civil argentina, acaba de tener un desenlace trágico, de modo que puede desentrañarse la enjundia que contiene.

Y la enjundia es, según entiendo, ésta: la democracia es, no una simple forma de gobierno como los demás, sino el ideal del gobierno libre, tal como está organizada la sociedad en nuestro siglo. Véase por qué. Desde que el animal político aristotélico comenzó á razonar los diversos sistemas de constitución de las agrupaciones humanas, se había convenido en que el gobierno del Demo por el Demo, era un régimen gubernamental como los otros, de los cuales sólo se distinguía por el rasgo distintivo de la igualdad civil y por el principio esencial de la soberanía popular. Montesquieu llega á decir que hasta el honor en la monarquía y la virtud — ¿la «aretes» de que hablaba Sócrates á Alcibiades? — en la República para la felicidad de los pueblos, sin establecer una jerarquía entre ambos Estados, ni determinar el grado de preparación requerida por los soberanos. Discierne al Demo una capacidad natural para administrar y dirigir sus negocios. No se requiere más que el sistema republicano sea una realidad social. De aquí acaece que la realización de las finalidades del sér político es posible bajo cualquiera de las formas de gobierno y sus divergencias monstruosas, y que el ideal del género humano no se resuelve en un sueño de democracia universal. Con arreglo á este sentir, no existe lo que podríamos llamar una escala de evolución en la cambiante y movediza naturaleza de la sociedad. ¿No es esto una contradicción evidente? Fuera del universo político, todo cambia, se transforma y asciende hacia una perfección indefinida é infinita; solamente aquél no estaría sujeto á esta ascensión universal de las cosas hacia sus sumos arquetipos. Si fuese cierta esta teoría, históricamente no sería difícil demostrar que el árcade, ciudadano de una democracia idílica, habríase hallado en las mismas posibilidades de lograr el desenvolvimiento plenario de su personalidad, que el «civis romanus» del Imperio, el proletario del Antiguo Régimen,

el siervo de la Rusia actual y el nativo de los Estados Unidos del Norte. Adviértase que se admite la posibilidad de ser dichoso sin ser libre, conforme á la doctrina estoica, desde que se concluye que un pueblo puede llegar á ser próspero y venturoso, lo mismo bajo el despotismo ilustrado, soñado por muchos para el Paraguay, que bajo el gobierno popular. Esto es lo que necesita demostrarse. Se presupone, además, que es dable ser libre bajo un régimen tiránico, porque no se concibe la dicha humana sin la libertad. Libre, ¿cómo? ¿en qué sentido? He aquí que se acepta como verdad inconcusa una conjetura temeraria; la superioridad ética de todo un pueblo para resignarse con la posesión de la libertad filosófica, estado interno que, según se desprende de su propio enunciado, no está subordinado á ninguna condición externa y que escapa, por consiguiente, á la acción del Estado. Si esta libertad estuviese al alcance de la mayoría, nada habría que objetar; pero únicamente es capaz de disfrutar de ella una minoría letrada.

Reconózcase entonces que la ley de la evolución universal actúa también sobre la sociedad política, y que la democracia, por exigir una mayor suma de cultura colectiva y de disciplina individual, se acerca al ideal del gobierno humano que tiende á consistir cada vez más en el gobierno de todos por el gobierno de cada uno. El hombre moderno sería, pues, antes de nada, un animal democrático.

El pueblo paraguayo, como los restantes pueblos de América, nada sabía de esto. Los constituyentes se encontraron, á raíz de la guerra de la Triple Alianza, con una nación que tenía necesidad de reconstituirse bajo la mejor forma de gobierno, y adoptaron, como los convencionales argentinos, la última fórmula del derecho político, conjeturando que no tardaría en amoldarse á ella un pueblo que había dado muestras de maravillosa ductilidad en el curso de su historia. Mas la realidad no marcha paralela á la conjetura de los hombres, y sucedió el caos que aún persiste. Era el natural tributo de la incapacidad de un país, falto de educación, para el gobierno democrático, que se basa ante todo en un buen sistema pedagógico.

Por fortuna, la locura trágica ha pasado, y hoy vuelve á emprender la marcha hacia un porvenir menos lóbrego.

Otro aspecto, no menos interesante é igualmente decente de la crisis paraguaya, es el que atañe á su pro-

yección en el exterior. Con ocasión de ella, se ha puesto de relieve el menester de un derecho internacional americano. No solamente en la esfera de la civilización y del arte, en los cuales debemos superar á la Europa decadente, se experimenta la necesidad de afirmar la soberanía espiritual del Nuevo Mundo, sino también en el terreno del derecho internacional. Si en moldes autóctonos debe vaciarse la vida intelectual y artística americana, en nuevas y superiores fórmulas ha de verterse también la vida jurídica de relación continental. En este orden de ideas, la doctrina del doctor Drago vendría á ser la primera consagración solemne del principio de un derecho exclusivamente nuestro, específicamente americano, no panamericano, porque frente á la violenta sinrazón europea emitió un nuevo concepto internacional más concorde con el espíritu de justicia de nuestro siglo.

La opinión de la mayoría de los internacionalistas sobre el particular, no va bien encaminado, según se infiere de la porfiada propaganda que los órganos de publicidad más autorizados de la Argentina y del Brasil emprendieron por que ambos gobiernos intervinieran de concierto, en nombre de los supremos intereses de la civilización ó de un providencialismo civilizador, en la política interna de la República anarquizada, con el intento de constituir un gobierno regular en ella que garantizara el uso y el ejercicio de los derechos y las libertades inherentes á las sociedades cultas. Preconizábase el transplante de la política exterior europea en los pueblos de Oriente y Africa al suelo americano, sin advertirse la inconmensurable diferencia que media entre ambos mundos y la imposibilidad consiguiente de aplicar en el ambiente original y novísimo de estos países normas característicamente europeas, dependientes del equilibrio europeo é impuestas por el derecho europeo.

Los pregoneros de la intervención invocaron en abono de ella idéntica actitud asumida por Alemania en Marruecos, en presencia de análogas ó parecidas circunstancias. Aparte de que las circunstancias eran diametralmente distintas, mal podía cohonestarse una política exterior tal en las hermanas mayores del Nuevo Continente y muy especialmente en la Argentina, cuyo quijotismo fué siempre de libertad y cuya diplomacia jamás se prevalió de la fuerza. Escrito estaba que fracasara el intento, como fracasó, en efecto. El doctor Sáenz Peña, quiero decir, el

que en plena capital del monroismo abrió América á la especie, lo desbarató por completo con una frase gallarda, diciendo que su gobierno era de derecho y que, como tal, no podía obrar sino por la vía diplomática. ¿Qué hubiera ocurrido si la dirección de la política internacional argentina hubiera estado en otras manos? Se habría dado el paso en complicidad con el Brasil, en cumplimiento de la misión histórica asignada á las presuntas naciones interventoras por las cláusulas del tratado de la Triple Alianza, que también se sacó á colación en defensa de la tesis.

Sus mantenedores notaron después la monstruosidad de su prédica y pretendieron atenuarla, advirtiendo que no se trataba precisamente de una intervención, sino de una «influencia diplomática». ¡Encantador eufemismo! Esta expresión, nueva en el precario léxico del derecho internacional, tiene cierta afinidad con la «penetración pacífica» que disfraza la conquista territorial cruenta.

Leyendo la bien informada obra «La Constitución del Paraguay» del doctor Manuel Dominguez, paré la atención en el siguiente párrafo, extraído del número 68 del periódico «El Paraguayo independiente» que se escribía bajo las inspiraciones del dictador Carlos Antonio López, y que transcribo para confusión de los partidarios de los procedimientos de la política europea: «Dejemos las estipulaciones del Congreso de Viena; dejemos el derecho público positivo, facticio ó voluntario de Europa y creemos un derecho nuestro sobre nuestros ríos, decía contestando al tirano Rosas. ¿Por qué huyendo de todo principio de inteligencia y acuerdo, preferiremos el errado sistema de egoismo y contradicción á los comunes intereses? ¿Dónde está la reciprocidad, la simpatía, el *sistema americano?*» El sucesor del doctor Francia razonaba, como echa de verse, con más cordura que ciertos internacionalistas de hoy. Preguntaba á mediados del siglo XIX, por el derecho americano, vale decir, se anticipaba en espíritu á la doctrina sustentada por el doctor Drago. Algo más todavía: cuando Rosas ensangrentaba las calles de Buenos Aires, el mismo tirano paraguayo decía que la civilización repudiaba el lema de «¡Mueran los salvajes unitarios!». En nombre de esta misma civilización, se pretendió intervenir el Paraguay, presa de la guerra civil. En verdad, la historia abunda en significativas coincidencias de este género.

Frente al deber moral de las naciones mayores de in-

tervenir, se creó un derecho nuevo: el derecho á la convulsión, asaz peregrino por cierto, pero sin duda muy legítimo. Tácitamente lo reconocieron los países que tenían y tienen intereses en la República convulsa. Cuando, como en el caso paraguayo, la dictadura maquina hacer desaparecer la libertad y jugar con el porvenir de un país, el derecho á la resistencia se impone con la gravitación de un imperativo categórico colectivo. A él se apeló en última instancia con el fin de poner remate á la iniquidad. ¿Y á qué título pudieron mediar las naciones extranjeras en contienda tan interna preparada en uso de potestad tan lícita?

Merece mencionarse, por último, otra enseñanza provechosa, dejada por el caso paraguayo. Junto con el caos, se desvaneció una grata utopía que fascina todavía á muchos ilusos é incautos. Refiérome á la aparentemente seductora política de coparticipación de todos los partidos en el poder, recetada por algunos curanderos como eficaz antídoto contra la anarquía. En efecto, natural parece que en un país pequeño en que todos aspiran á gobernar, el remedio á tanta inextinguible sed de mando consista en la satisfacción de esta propia sed; pero, exáminese á fondo la teoría y resaltará acto seguido su falacia de absurdo. Semejante á una de esas plantas malignas del trópico, cuya pompa exterior realza, sin disimularlo, el veneno esotérico, esta utopía esconde, bajo sus formas amables, la anarquía misma.

Es ante todo y sobre todo una quimera. Jamás, en democracia alguna, se realizó el fenómeno del gobierno de todos, aunque esta totalidad esté constituida por la minoría de los funestos hombres «bonae voluntatis», porque es esencial del gobierno que haya gobernados. Esto es un axioma. Acontece, pues, que, proclamando este sistema el máximo de gobierno democráticamente posible, desemboca, en definitiva, en la acracia, desde que, siendo todos gobernantes, no habrá ó habrá bien pocos gobernados.

Fuera acaso hacedera tal quimera si su realización dependiese de un hecho posible ó cierto; pero nó: descansa sobre la hipótesis de la unión leal de partidos que se rechazan. En la reciente convulsión pudo verse cuán deleznable era la base sobre la cual se intentaba edificar la unión nacional. A poco de estallado el movimiento revolucionario, constituyóse una coalición entre las entidades

adversas á él y en cuyo seno limitaban los más acérrimos partidarios de la política de coparticipación. Leyes químicas presiden también las asociaciones y disociaciones de los cuerpos políticos, en nada desemejantes á los orgánicos, y una de ellas establece la imposibilidad de formar una amalgama coherente y homogénea de elementos sin afinidad entre sí. Tal ocurrió: la coalición, que era esa híbrida amalgama, se disolvió bien pronto, no antes sin intentar cada una las entidades componentes la eliminación de las otras del poder. Y, por tal manera, en vez de una revolución, hubo cuatro revoluciones al mismo tiempo. Este fué el fruto de la atrayente pero falsa política del acuerdo y la conjunción.

Cuando se lanzó la candidatura de don José Batlle y Ordóñez á la segunda presidencia de la República del Uruguay, el candidato escribió desde París su programa de gobierno, rechazando el gobierno de coparticipación, basado en que la acción del Poder Ejecutivo tenía que ser una para que fuera eficaz, y pronunciándose en favor de un gobierno de partido. El gobernante uruguayo había visto, con su habitual perspicacia, los inconvenientes que en la práctica ofrece la aplicación de ese delirio. Suscribo sin vacilación el parecer del distinguido repúblico, por lo que al Paraguay atañe. Un gobierno de partido, que tuviese fé en si mismo, aguardase poco del patriotismo de los hombres y todo lo confiara á su empuje, lograría imponer la paz en aquel dramático campo de experimentación de la anarquía civil y futuro teatro del heroismo interno de la libertad y de la guerra incruenta de la democracia.

ELOY FARIÑA NUÑEZ.

Buenos Aires, Abril 1º de 1912.

LA ESPAÑA LATINA (*)

BARCELONA

A la memoria de Maragall.

Al poeta José Corner.

Castilla, no obstante llevar en su fisonomía moral y material la marca de la romanización, no parece un país latino. Y en efecto apenas lo es, sobre todo si se le parangona con Italia, con el mediodía de Francia y, dentro de la propia España, con Cataluña. Yo me explico el fenómeno por dos razones. Primera, porque el actual concepto del latinismo excluye precisamente aquellas cualidades romanas que perduran en la España de hoy. Segunda, porque en Castilla lo romano está en los cimientos y todo lo construido encima tiene otro espíritu; Castilla al acentuar hasta la exacerbación su caracter castellano personalísimo, al agravarse de casticismo diré, se ha deslatinizado. Aclararé un poco todo esto.

Respecto á la primera razón recordaré que la palabra latinismo sugiere á nuestros espíritus no las clasicas cualidades latinas sino otras propias de los países latinos en su vivir presente ó antagónicas, á aquellas cualidades de los pueblos no latinos. El latinismo tal cual ahora se le considera es un latinismo moderno, con mucho de italiano, con un poco de parisiense y sobre todo esencialmente mediterráneo. El genio latino adquirió en las costas del mar azul un matiz nuevo, una modalidad diferente del clasico latinismo de Roma; y es según la vida y el espíritu mediterráneos que se ha formado el actual concepto del latinismo. Este concepto suele ser concertado en ideas de claridad, alegría, amor á la vida y al vino, músicas melodiosas, elegancia, idealismo, discreto paganismo, efusividad, gracia, generosidad, optimismo. . . ¡Y otras per-

---

(*) Capítulo del libro en prensa "El solar de la raza".

las de belleza y de vida, ensartadas en collar, con todas aquellas, en el cuello moreno de la sonriente, de la fuerte, de la alocada virgen mediterránea! Pero reconozcamos que entre tantas divinas cualidades hay algunas que no podrían concebirse dentro del espíritu de Roma, no de la Roma decadente, sino de la augusta, la eterna.

En cuanto á la segunda razón comienzo por afirmar que es España el más personal y original de los países latinos. Esto no puede dudarse. Y bien, no son las tribus germánicas, ni los musulmanes quienes han exaltado á España en su personalidad. Esta exaltación es obra del aislamiento y del genio creador del misticismo castellano. Ya en tiempos del imperio romano los celtíberos crearon una nueva modalidad dentro del carácter latino; esto puede verse en la obra é influencia de los escritores de aquella raza «la que introdujo, dice Hume, en la literatura latina durante el siglo de Augusto, la verbosidad exhuberante, la sátira mordaz y la viciosa sutileza, que han seguido siendo hasta el día las características invenciones de la producción intelectual española.» Visigodos y musulmanes no modificaron la psicología del pueblo español. El alma castellana encarnando la síntesis medioeval había de llegar, por el aislamiento de la nación, las guerras exaltadoras y el imperio de la mística, á acrecentar su individualismo y á abultar sus virtudes y sus defectos. España, cultivándose á sí misma se multiplicó en sí misma como si su espíritu se elevara al cuadrado y acabó por diferenciarse notablemente de los demás pueblos latinos. Tal es el caso de los individuos originales que cultivando su personalidad llegan á parecer extraños junto á sus padres y hermanos y á señalar, dentro de la familia el máximun de diversidad.

Ajena en parte á estos fenómenos vivió Cataluña. Barcelona, especialmente, poco sujeta á la influencia de Castilla, en su condición de puerto y sobre todo por su contacto con Francia y con Italia, no tiene el casticismo de las ciudades castellanas. No quiero decir que sea poco española. Nada de eso. Por el contrario, he encontrado en Barcelona, aunque á veces atenuadas, muchas de aquellas cualidades que han hecho la gloria y el prodigio de la estirpe. Pero siendo esta ciudad bien española, carece del casticismo agudo de Avila ó de Segovia. Poco avasallada además por los musulmanes, Barcelona pudo acrecer su latinismo con los dones preclaros y maravillosos

que, en incesantes cambios espirituales, venían de las próximas comarcas mediterráneas.

Por eso Barcelona se asemeja tanto á ciertas ciudades italianas y francesas. La Barcelona antigua se diría un trozo del viejo París, — el París de la Isla de la Ciudad embellecida aún como por retoques de sentimiento español. — La parte moderna, pero no contemporánea de Barcelona recuerda de tal modo á algunas ciudades italianas, que en un momento tuve la sensación de hallarme en Génova. La Barcelona nueva hace pensar en Marsella, y las ciudades italianas; también se parece, y más que ninguna otra ciudad del mundo, á París. Estas semejannas, que en un momento tuve la sensación de hallarme Barcelona es bien española; agregaré que es bien catalana y que posee un peculiar espíritu y una genuina fisonomía material. Barcelona al modernizarse no ha perdido sus tradiciones ni su carácter. Así en toda ella, aún en sus más ruidosos bulevares, hay no se qué de gótico, y el actual arte barcelonés, sobretodo en su expresión arquitectónica, es eminentemente tradicionalista sin dejar de ser ultramoderno. El arquitecto intrépido de la Sagrada Familia continúa, aunque esta afirmación parezca increible, el arte medioeval de Jaime Fabre y del maestro Roque. Las semejanzas entre Barcelona y algunas ciudades italianas y francesas solo prueba la existencia de influencias admirables que no han hecho sino conservar y afirmar el espíritu latino de esta ciudad que debe ser considerada como la ciudad latina por excelencia, la más perfecta y bella síntesis de aquella modalidad del latinismo, que es el latinismo mediterráneo.

Barcelona es la ciudad de la alegría. «A cualquier hora que se llegue, dice el escritor francés Luis Bertrand, de día ó de noche, ella os pone inmediatamente la imaginación en fiesta por su extraordinaria intensidad luminosa.» Y en efecto: de día es la luz de su cielo incomparable que todo lo alegra; de noche es la incomparable iluminación de luces eléctricas que compone un espectáculo casi feérico. Las ramblas á ciertas horas desbordan de rostros satisfechos y alegres, de flores y de bellas mujeres. Barcelona trabaja y se divierte. Es una formidable suscitadora de energías y una enamorada del placer de vivir. Barcelona ama el esfuerzo tanto como las músicas, los versos melodiosos y los goces sensuales. En ninguna otra ciudad latina de Europa es más intenso el trabajo y en

ninguna parte es más respetada, ni admirada, ni culmina con tanta influencia positiva, la condición de poeta. Barcelona ama el amor.

Pero no se crea que la alegría de Barcelona se emparenta con aquella alegría banal y mediocre de las playas á la moda. La alegría de Barcelona es profundamente espiritual. Los viajeros artistas que visitan España suelen desdeñar á Barcelona creyéndola una ciudad burguesa — sino ordinaria — que nada nos dice al alma. He aquí un lamentable error. Barcelona está llena de sujestiones espirituales. Nos da una eficaz lección de optimismo; nos enseña á amar la vida; nos convence de la excelencia práctica de los sanos ideales colectivos y de su posible existir en nuestra época; y sobre todo nos muestra que es negocio realizable — ¡gran enseñanza para nosotros los argentinos! — la convivencia del trabajo, del arte y del idealismo. Basta observar la literatura catalana, aquellos escritores que son representativos del ambiente y de la raza, para ver el gran fondo de espiritualidad que hay en la vida y en el alma de Barcelona. Maragall, el poeta-patriarca que Cataluña acaba de perder, era á la vez el más típico escritor catalán y el más latino entre los más actuales poetas latinos. Toda el alma de Barcelona, está en sus versos: sus versos prodigiosos de música, de emoción, de diafanidad y de idealismo. Yo quisiera comparar su obra en cuanto al significado de ambas, con la de Unamuno, que me parece, siendo aun vascongado, el más representativo entre los actuales escritores castellanos. Tal comparación revelaría elocuentemente las diferencias, y las analogías espirituales, entre Cataluña y Castilla. En los versos de Maragall, impregnados de latinismo mediterráneo, no hay absolutamente nada que se parezca á la inquietud atormentadora de Unamuno, á su hondo misticismo, á su preocupación de la muerte. Mientras el rector de la vieja Universidad de Salamanca dirije á Dios sus Salmos acongojados, el mundo parece darle náuseas y solo por la contemplación de la muerte llega á aceptar la vida,—el poeta de Barcelona se complace en cantar la alegría de vivir, alaba la belleza del mundo y se declara contento de los sentidos que le permiten penetrarla; encuentra tan bello el cielo que ven sus ojos que pregunta á Dios porqué no ha de ser ese el cielo definitivo «¿Con que otros sentidos, dice dirigiéndose al Señor, en una estrofa de su «Cant espiritual», me hareis

ver este cielo azul sobre las montañas y el mar inmenso y el sol que por todo brilla?» Unamuno teme á la muerte por el horror de la nada; Maragall no quiere morir por no dejar este mundo «este mundo tan diverso, tan extenso, tan temporal, esta tierra donde todo lo que vive es mi patria, Señor», exclama y luego pregunta si ella «no podría ser también una patria celestial». El poeta de Barcelona, al contrario de Unamuno, ama las bellas palabras y la armonía de las frases. El ha escrito, y en idioma español, el «Elogio de la Palabra». La palabra es hermosa, muy hermosa; con ella nombramos y hablamos de tantas cosas bellas que llenan el mundo. No puede darse un optimismo mayor. Es el optimismo de Barcelona. Una de las estrofas del «Cant espiritual» termina con estos versos:

Deu- me en aquest sentits eterna pau
Y no voldré mes cel que aquest cel blau

Bien hizó el poeta en cantar el cielo de Barcelona y el mar y las montañas. Es talvez á ese cielo, á esas montañas y sobre todo á ese mar, hogar de civilización y foco eterno de genio latino, á quienes Barcelona debe su alegría. Y es ese mar lo que talvez le ha dado el sentimiento de nuestra raza admirable y es sin duda ninguna ese mar lo que ha creado el sentimiento mediterráneo. Porque Barcelona no es solo latina y mediterránea sino que se siente tal. Ella tiene la conciencia de la unidad de nuestra raza, sus más cordiales simpatías van hacia todos los pueblos latinos y ama fraternalmente, como si formarse con ellas una patria á las comarcas cercanas. ¡Las une en intimos contactos aquel mismo divino mar azul!»

Pero sentimiento latino y sentimiento mediterráneo no son los únicos sentimientos fundamentales en el alma de Barcelona. Hay en ella otros dos aún que no quiero olvidar, sobre todo porque ocupan un lugar predominante en mi sensación de Barcelona.

Uno de ellos es el sentimiento ibérico. Catalanes eminentes me lo revelaron y si bien es cierto que en el corazón del pueblo sólo existe de un modo inconsciente, su virtualidad parece indiscutible y ella explica el catalanismo. Este no es un movimiento separatista. Los catalanes miran á España como á una gran unidad compuesta histórica, geográfica y espiritualmente por estos tres países: Portugal, Castilla y Cataluña. Castilla no solo comprende las provincias del antiguo reino de ese nombre, sino todas las que han sufrido la influencia de su espíritu y ha-

blan su idioma. Portugal, Castilla y Cataluña constituyen tres pueblos distintos. Cada uno tiene una civilización propia y un idioma propio. Hasta ciertas costumbres fundamentales varían de un país á otro. Así en Cataluña el hijo mayor hereda casi el total del caudal paterno. La unión de estos tres pueblos solo será entonces verdadera y posible bajo la más amplia autonomía de cada uno. Los catalanes juzgan injusto que Cataluña, debiendo ser aliada de Castilla, sea una subordinada. Ellos anhelan reconstruir la antigua Iberia, ó Hispania, por la incorporación voluntaria de Portugal y la autonomía total de Cataluña; y piensan que la autonomía parcial de ésta prepararía para aquel fin el díficil y peligroso terreno. Yo creo que si este ideal, sobreponiéndose á todos los odios y rivalidades, se realizara, España, ó Iberia como probablemente sería denominada, volvería á ocupar su rango de gran potencia mundial. Pero para esto fuera preciso que la decadente Castilla y la no menos decadente Portugal cedieran á la enérgica, la fuerte, la optimista Cataluña, la dirección suprema de la triple nación.

Finalmente he notado en Barcelona cómo todo lo llena, á manera del agua en la esponja, el sentimiento de la ciudad. Barcelona es la «ciudad» en el sentido histórico de la palabra. Ella es la verdadera patria de sus ciudadanos que son, cada uno en la medida de sus fuerzas, los creadores de su poder y de su belleza. El estado no ha hecho talvez nada por Barcelona. Pero cada barcelonés, que ama á su ciudad con un amor á la vez lírico y positivo, ha hecho todo por ella. No se limita á contemplarla y á alabarla vanidosamente, sino que se siente obligado á colaborar en su belleza material y moral. Y yo estoy convencido de que estos hombres no realizarán jamás una obra buena ó bella sin asociarla á la gloria de Barcelona.

He aquí el secreto de esta ciudad. El amor de sus ciudadanos, concretándose en energías, crea incesantemente belleza de la patria en su dualidad moral y material. Y así, impulsada por tal intrepidez de la raza, brava en esfuerzos, como en virtudes, va siempre hacia delante esta ciudad «en sitio y belleza única» que nos invita á soñar y á realizar: esta ciudad donde hoy se acumulan, en gigantesca altura ideal, las cumbres silenciosas y dolientes de la esperanza española.

MANUEL GÁLVEZ.

BRUJAS [1]

Oficio de la tarde

En la nave divina que en penumbra se queda,
rica de oros de ensueño y esmeraldas de canto,
la música del órgano nos viste como un manto
de armiño silencioso y de rosas de seda...
Los góticos vitrales se ahondan como palacios
y al són de los inmóviles y callados laudes,
las vírgenes sagradas vestidas de topacios,
pasan como corderos risados de virtudes...
Como un canal secreto que fuese al mar del cielo,
bajo el puente del alma contemplativo y franco,
la corriente del órgano exalta su consuelo...
Nos envuelve la gracia de los góticos tules,
y nos tienden sus manos como un pañuelo blanco,
una virgen María con los ojos azules..!

Nuestra Señora de Brujas.

Van Eyck y Memling

Van Eyck, mayordomo de reinas divinas
y gótica selva para los aromas,
caminos de seda para las beguinas
y rasos azules para las palomas....
Memling, refectorio, blanco pensamiento,
pluma para el cisne y ala para el ángel;
columna de humo que se alza en el viento
y espada de oro de Miguel arcángel.
Las torres de Brujas se visten de lirios,
todas las iglesias se llenan de cirios...
Lava Magdalena los pies de Jesús...
Con su saco al hombro van los peregrinos,
molieron su harina con vuestros molinos,
y una antorcha de oro les dió vuestra luz....

Brujas, Agosto de 1911.

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR.

(1) Del libro «Las lámparas de arcilla», próximo á aparecer.

COMEDIA DE PEQUEÑOS BURGUESES

TRES ACTOS

POR

ALBERTO GERCHUNOFF

ACTO SEGUNDO

Decoración del primer acto.

(Muebles, adornos y cuadros se dibujan con cierta vaguedad en el crepúsculo cuyas ultimas luces penetran por los cristales. A un lado, el sol se refracta en la ventana del balcón. Sobre la mesita del centro, un vasto ramo de flores se desborda en un jarrón de asas enormes. Anochece lentamente).

ESCENA I

D. Gustavo, Elvira, Juanita, Javier, Ismael, Ricardo y el Sr. Pérez

Sr Pérez:—...Convenido; tu Juanita, sostienes que no soy viejo; ya sé que te burlas de mi. Pero como te inspira lástima mi viudez...

Ismael:—Es más literario decir: «mi lamentable viudez». Mas señor Pérez, usted no es literato...

Sr. Pérez:—Como te inspira lástima mi lamentable viudez, voy á pedir tu mano...

D. Gustavo:—Como seriedad, el yerno no me desagrada...

Javier:—Todo un porvenir...

Juanita:—Si usted se anima; si afronta...

Elvira:—Que más quieres; el señor Pérez te enseñará á jugar al ajedréz...

Ricardo:—Y como Juanita sostiene que nunca se aburre...

Sr Pérez:—A propósito de aburrimiento: veo Elvira que usted va recobrando su antigua jovialidad. ¿Hemos acabado con los nervios, no es cierto? Nos tenía inquietos...

D. Gustavo:—A la verdad, hija mía, estuvimos días y días sin hacer nuestra partidita.

Juanita:—Y yo sin hacer mis escalas...

Javier:—Sí, no hay mal que por bien no venga...

Juanita:—¡Gracioso! Si fuese yo Elvira me enfadaría...

Elvira:—Por este lado no habrá conflicto.

Ricardo:—Bromas aparte, tuve mis inquietudes, apesar de haberme burlado en presencia de Vds. de todo eso, porque los nervios, son más importantes de lo que se crée; cuando uno tiene algo que no se conoce, se atribuye á los nervios, como cualquier enfermedad que tienen las criaturas, á los dientes y de pronto sale una cosa inesperada...

Javier:—Muy elocuente, Ricardo, muy elocuente...

Juanita:—Un franco éxito, como dicen las crónicas de teatros...

Sr. Peréz:—Es que no le falta razón...

Ismael:—Ricardo, el señor Pérez te admira...

D. Gustavo:—Y yo también...

Ricardo:—¡Por Dios! Aquí todos hacen frases; Juanita se pasa la vida construyendo dichos; Ismael, que frecuenta el café en que se reunen los periodistas, se dedica á tejer paradojas; Javier, hasta tuvo la audacia de citar á un filósofo griego á raiz de una discusión sobre las ostras...

Javier:—Latino, amigo mío, latino, porque el simple hecho de haber nacido en Roma y haber escrito la Historia Augusta...

Ricardo:—Bueno; latino; el caso es que no hay derecho de crucificarme por diez palabras pronunciadas con acento de circunstancias; tanto más que ya tengo escrita la tesis doctoral...

Sr. Pérez:—¡Hombre, sí! ¿Y sobre qué es la tesis?

D. Gustavo:—Sobre carreras, con toda seguridad.

Ismael:—O sobre el derecho de huelga... de las modistas...

Ricardo:—Con datos tuyos... Pues bien, es sobre finanzas...

D. Gustavo:—Tema respetable.

Sr. Pérez:—Y muy interesante, porque las finanzas...

Javier:—¿Y qué entiende Ricardo de esas cosas?

Ismael:—¿Y qué hay que entender?

Ricardo:—Claro; sé tanto de finanzas como de civil, es decir, nada. Pero en la biblioteca de la facultad hay como trescientas tesis sobre cada punto del programa. Lo más natural es que haya otra, hecha con igual honradez...

Juanita:—Será Vd. un gran abogado.

Ricardo:—No seré más que un eminente funcionario.

Ismael:—Y debido á esa suerte tus hijos serán socios del Jockey Club, y podrán sostener que descienden de un procer de la Independencia...

Javier:—Así se convertirán en fuerzas directivas del país... Ya no serán, como nosotros, simples y excelentes burguesillos...

Elvira:—Pequeños burgueses, es la frase de Ismael...

Sr. Pérez:—Gustavo...

Juanita:—No continue, señor Pérez: la partidita de ajedrez ¿verdad?

D. Gustavo:—No, hijita...

Sr. Pérez:—No adivinaste esta vez: se trata de una cita, porque también nosotros tenemos citas...

D. Gustavo:—Ya vén ustedes...

Javier:—Si nadie lo ha dudado; En Buenos Aires ya comienzan á cotizarse los hombres de edad: progresamos.

Ismael:—No es de buen gusto insistir en las debilidades de los padres...

D. Gustavo:—Aprovechemos, Pérez, esa indulgencia filial y vámonos á la reunión del directorio... Jóvenes, distráiganse tanto como les sea posible... *(salen D. Gustavo y el señor Pérez, saludando familiarmente)*

Ricardo:—Hasta luego, porque yo me quedo; sin duda me invitarán á cenar...

ESCENA II

JAVIER, ELVIRA, ISMAEL, JUANITA y RICARDO

Javier:—Y yo me voy también...

Elvira:—No es extraño; Tu eres el que se aburre en casa con más franqueza... Solo te distraen los Music-Halls. *(anochece visiblemente).*

Ricardo:—A estas horas no hay Music-Halls...

Juanita:—¿Damos luz?

Elvira:—Yo prefiero así; esa semi-obscuridad es agradable.

Ismael:—Entonces dá luz, porque á mí me fastidia no ver bien las caras... Además, no se debe abusar de la poesía...

Javier:—¿No dices que te entretiene la noche, las estrellas, la luna, que son elementos invariables de poesía?...

Ricardo:—¿Vás á citar á ese latino de las ostras?

Javier:—No; quiero provocar una polémica...

Juanita:—Para cambiar de conversación, aunque no hayan Music-Halls á estas horas...

Ismael:—Me entretienen la luna, las estrellas, la noche, el firmamento, pero no en la sala.

Ricardo—Un viejo de los buenos tiempos románticos, te replicaría que en la sala también...

Javier:—Pór amor de Dios, no vayas á decir una galantería de almanaque, ya no se compara á las mujeres con las estrellas; hay imágenes más nuevas...

Elvira:—Javier teme siempre las exageraciones.

Juanita:—A juzgar por las horas en que vuelve á casa...

Ricardo:—Pero se les sigue comparando con la serpiente... ¿No es cierto?

Elvira:—Es por que Vds. temen el pecado...

Javier:—Con que, me voy; para diálogos literarios prefiero el teatro francés...

Ismael:—*(con viveza)* traducido...

Javier:—Elvira, discúlpame ante papá, porque no vengo á cenar... ¡Ah! He recibido dos líneas de Luis; me dice que cena con Vdes. esta noche... De modo, que, buenas tardes...

Elvira:—¿Sí? ¿Hoy te ha escrito? Le diré á papá que un asunto urgente...

Javier:—*(yéndose)* Nada de asuntos urgentes; unos amigos que tienen palco en el Casino.

Elvira:—Por cierto, no es poco... ¿Amigos dijiste?...

ESCENA III

Ismael, Elvira, Ricardo y Juanita

Ismael:—Se me ocurre una idea.

Ricardo:—Ha de ser feliz...

Juanita:—El billar...

Elvira:—Como si lo estuviera oyendo.

Ricardo:—¿Sí? Pues ya no me parece feliz...

Ismael:—Felisísima; tú cenas con nosotros; todavía es temprano y dentro de cinco minutos no sabremos de qué conversar. En cambio, hacemos una partidita, las muchachas se aburren á solas y después encontraremos más fácilmente tema para pasar un rato. ¿No es esto ser todo un psicólogo? Lástima que tantos médicos hayan estropeado la materia...

Elvira:—Vayan á hacer una mesa, como dicen Vdes. Yo también hago—¡ay que palabra!—psicología...

Juanita:—¡De veras, Elvira! Mira que es una palabra seria.

Ricardo:—Y que solo se tolera en boca de profesoras normales... Pero me interesa lo que dice Elvira. ¿Es un ensayo?

Elvira:—Y de importancia.

Ismael:—*(mirando á Ricardo)* Doy con el asunto...

Elvira:—Es muy sencillo: dentro de diez minutos viene Ricardo asegurando *(subrayando las palabras) que no está en vena hoy...*

Ricardo:—De manera que el ensayo es á costa mía...

Ismael:—*(Mirando á Juanita)* No; también figuran otros en el experimento...

Elvira:—Pero que nó juegan al billar...

Juanita:—Será algún ausente.

Elvira:—Siempre se refiere uno á los ausentes...

Ismael:—¡Bueno! Te doy quince carambolas en cincuenta...

Ricardo:—*(Y ndose con gesto de desgano)*. Fíjense que yo no soy el iniciador...

(Vánse Ricardo é Ismael).

ESCENA IV

ELVIRA Y JUANITA

Elvira:—¡Gracias á Dios! Se han ido...

Juanita:—¿Y por qué? ¿Sigues como antes? Soy la única que no confía en la... tranquilidad de tus nervios... Y más: me parece que la llegada de Luis no le ha regocijado...

Elvira:—A serte franca, no. Volverá á decirme que se inquieta por mi salud, que me ESTIMA, pues no se atreve á decir que me quiere y á los cinco minutos me conversará de todo menos de él y de mí. Por otra parte, nuestra mútua situación es poco clara y es necesario definirla. Luis es un hombre honrado y sería inícuo en gañarlo. Además, yo no soy capaz de fingir...

Juanita:—Nó digas tales cosas. ¿Seré yo, considerada como una colegiala aturdida, la que necesite darte consejos de buen sentido?

Elvira:—¿Buen sentido? El buen sentido es precisamente lo que me agobia en esta casa. ¡Todos tienen buen

sentido! ¿Crees que puedo, que es honesto fingirle amor? Al menos, yo no lo haré.

Juanita:—¿Y que le dirás? Ni siquiera tienes un pretexto razonable...

Elvira:—Es esto lo grave. Luis no concibe un alma sino al arreglo de sus ideas, que no son muy amplias que digamos. El es un hombre formal, metódico, tranquilo y hasta rico y por lo tanto no se imagina que semejante ideal de matrimonio se rechace de ese modo. Lo primero que hará es suponer que quiero á otro. Como es natural, vendrá una escena de celos y de recriminaciones...

Juanita:—Es que te quiere realmente y en este caso, antes que el sufrimiento de la pérdida, le atormenta á uno el despecho.

Elvira:—Así es. En cualquier forma, me propongo terminar y hoy mismo.

Juanita:—Y tal vez se justifiquen los celos. Para mí que continúas pensando en el estudiante, tu amor de novela... Se me ocurre que le has escrito...

Elvira:—¿Yo? Estás loca... ¿Escribirle? *(enderezándose y mirando fijamente á Juanita).*

Juanita:—Decía, porque hace unos dias encontré en tu mesita una hoja de papel con borrones y tu firma repetida como veinte veces. Esto sucede cuando no se dá con la forma... Me hice esta reflección: A Luis no le escribes...

Elvira:—La deducción es hábil, Juanita y demuestra práctica...

Juanita:—No te lo niego; á Ricardo le escribo á veces y á menudo no me sale la carta... ¿Sabes? Me parece que alguien encontró un borrador mío... Se me ha perdido... Mas, yendo á otra cosa: Si no es el estudiante de mis presunciones, es algún otro. Dime la verdad. Ya sabes que yo nada te oculto. Además, te comprenderé mejor que...

Elvira:—Que Luis... ¿No es así?... Pues, volviendo á tu curiosidad, te diré que no hay terceros en juego...

Juanita:—¿Donde fuiste el sábado? ¿Donde fuiste el domingo anterior?... Te prevengo que no te espío; lo supe por la costurera...

Elvira:—¡Es verdad! Si me guardas el secreto, me confesaré contigo... Después de aquella escena ¿recuerdas?... me resolví á salirme con la mía. Harta ya de lo que me rodea, cansada de todos, me fuí un día á vi-

sitar á la Sra. Bermudez, que le ha dado fuerte por las conferencias... como que es doctora en filosofía y letras... Salí maquinalmente y maquinalmente llegué á su casa. Tan es así que no supe como explicarle esa sorprendente visita ya que no tengo con ella más relación que haberla encontrado en casa de tía donde dá lecciones á los chicos... ¡Vieras con que exclamaciones me recibió! Naturalmente, en casa de una doctora en filosofía y letras, no es posible hablar de modas, ni de noviazgos. Tuve que aguantar una disertación sobre cosas que no he oído y por último me invitó á acompañarla á una conferencia...

Juanita:—Lo demás me explico; conociste al orador...

Elvira:—Con la misma inconsciencia, con el mismo embotamiento de nervios que fuí á visitar á la señora Bermudez, me dejé arrastrar por ella. Pues, hija, aquí me tienes sentándome, ¿dónde? preguntarás tú: en una reunión de socialistas, ó de feministas ¡que se yó!

Juanita:—¿Socialistas? *(con estupefacción)* ¡Por Dios Elvira! ¡Si lo supiera papá!...

Elvira:—¿También tú te espantas como el señor Pérez? Entonces no continúo.

Juanita:—¡Hija! Dicen que son unos salvajes, que quieren repartir la riqueza y anular el matrimonio, ó mejor dicho, hacer con el matrimonio lo que pretenden hacer con la riqueza...

Elvira:—Con todo, son menos aburridos que los amigos de Javier y de Samuel, que no varían ni de saludos ni de galanterías. Te confieso que me sentí cohibida. El salón estaba lleno de obreros y obreras. La única persona que me conocía es Luisa, la costurera que de pura sorprendida no me saludó... Por todas partes, hombres mal vestidos, mujeres sin sombrero. Me senté en la fila de adelante, aturdida, miedosa de que me ocurra algo extraordinario. Los hombres fumaban y de cuando en cuando me miraban con desconfiada atención. «Es una burguesa» dijo alguien á mis espaldas en tono confidencial... Y me avergonzaba, te lo aseguro, mi vestido elegante, mi sombrero demasiado chic para aquella asamblea. Me sentía humillada ante esas pobres que se ganan con largos trabajos las blusas que llevan...

Juanita:—Hasta se te ha quedado el discurso del orador; porque eso es un discurso... Pero me interesa más el orador...

Elvira:—A poco de estar sentada, en aquella especie de escenario, velado por un telón en que una mujer con un brazo enorme señala la salida de un sol color naranja, apareció el conferencista. ¿Quieres creer? También se sorprendió de mi presencia. Se quedó como despavorido. Era alto, delgado, de perfil recio, respirando seguridad y unos ojos, que obligan bajar la mirada. Se arregló su corbata La Valliere y empezó á disertar. No oí casi lo que dijo Poco á poco me iba conmoviendo el acento vibrante y rudo de su palabra. Me dí cuenta que me hallaba ante un hombre distinto á los que yo conozco; él, probablemente, se sentará con torpeza, comerá pescado con el cuchillo y no sabrá aburrir á las mujeres con las tonterías á que estamos acostumbradas...

Juanita:—Naturalmente, Luis no salió airoso en la comparación...

Elvira:—*(dando un tirón del vestido á Juanita)* ¡Calla! ¿Lo adivinarás? Habló de lo que te conté esa noche de la crísis...

Juanita:—¿Eh?...

Elvira:—Sí, mujer. Describió el aburrimiento de la vida burguesa, lo artificial de la existencia de la alta sociedad, de las mujeres ricas que se casan sin amor al novio, de los novios de apellido para quienes el casamiento es un nudo para pagar las deudas de juego ó levantar la hipoteca de la estancia... En fin, Juanita, cuando terminó, yo lo veía, como en una niebla, algo conmovida por la forma dulce en que habló de los que viven una vida de miseria y de tristeza y luchan y ¡qué se yo! Me parecía soñar... Sólo recuerdo que en el patio ya, la señora Bermudez me presentó al orador. Este se confundió, no supo que decirme al principio y luego, se desató en cumplimientos. Te aseguro que lo hizo con más elegancia que cualquier doctor que nos pide el lanceros en un baile... Y él es ingeniero.

Juanita:—Después lo viste en casa de la dichosa doctora...

Elvira:—¿Cómo lo sabes? También te lo dijo la costurera?

Juanita:—Lo sospecho; has salido tantas veces con distintos pretextos y evitando explicarme...

Elvira:—Es cierto; lo ví varias veces en casa de la doctora. Es tímido como un niño pero cuando rompe á hablar, es una máquina, pero una máquina de música...

me dijo que nosotros los hijos de los ricos, vivimos como ahogados, como flores en un invernáculo... Me contó historias, novelas, de mujeres fuertes que han abandonado esa vida, entregándose á un ideal, mujeres de la aristocracia europea, y aristocrátas, como el príncipe Cotó, que es un apostol...

Juanita:—Si es ingeniero... podría convenirte.

Elvira:—Ya saliste con que podría convenirme. ¿Porqué no dices que podría gustarme?

Juanita:—Gustarte y casarte. Un ingeniero es ya un hombre de sociedad...

Elvira:—¿No vez? ¿Y si fuese un albañil? Ya sería un crímen, porque no se pone frac, no va á la Opera y no es distinguido. ¿Y Luis es distinguido? ¿Y el doctor Marini que me festejó hace un año es distinguido?... Lo sería para ponerse un traje pero no para pensar y conversar... La herencia del padre y el sastre les hacen distinguidos...

Juanita:—El caso es que te has enamorado del ingeniero...

Elvira:—No. Sinceramente hablando, no. Le veo, distinto, como te digo. Tengo la impresión, cuando me encuentro ante él, de que estoy delante de un hombre, de un espíritu, capaz de someterme, de dominarme y no de un traje bien cortado, de un autómata que conversa y que gesticula... Allí vienen los muchachos.

ESCENA V

DICHOS, ISMAEL Y RICARDO

Juanita:—¿Quién ganó?

Elvira:—Ricardo. ¡Vaya una pregunta!

Ismael:—Es un fenómeno curioso. Cada vez le encuentro más torpe para las carambolas.

Ricardo:—Me aburre el billar.

Elvira:—Antes no le aburría...

Juanita:—Porque estaba aprendiendo...

Ismael:—Tu ensayo, Elvira...

Ricardo:—Juanita, si usted no me defiende, no les visito más.

Elvira:—Necesita defensores usted.

Ismael:—Si te defiende Juanita se complicará el proceso...

Juanita:—No insistas Ismael en perseguir á Ricardo con bromas. Imajínate si le diera por traer al caso ciertos recuerdos de Belgrano.

Ismael:—Recuerdos poéticos: la barranca, noche de luna, la kermesse y yo comprando como provinciano con plata, todo lo que me ofrecían las señoritas de los kioscos...

Ricardo:—No son esas las noches interesantes de tus recuerdos. Eran, según mis noticias, paseos más sentimentales é ignoro si la luna tenía participación en aquella solodad de folletín inglés...

Elvira:—Una novela de Carlota Braemé: la heroina, una rubia de ojos azules...

Juanita:—¿No ven ustedes? Y todavía se permite hacer bromas á los demás...

Ismael:—Sería muy fácil negarlo, pero no es ingenioso. Me resulta más dejar creer que ese romance es verídico...

Elvira:—¿Dejar creer? No se dejan en el vestíbulo tarjetas postales cuando hay curiosos en casa... *(Movimiento de sorpresa de Ismael).*

Juanita:—¿Esas tenemos? Se pasan la vida gritando que se aburren, que en nuestra clase de gente de la sociedad media los días se desenvuelven iguales y después, una postal abandonada por descuido revela un asunto de teatro....

Ricardo:—Un verdadero idilio y un idilio británico, lleno de pudor y de misterio... ¿Era la época en que no hacías más que recitar á Byron?

Juanita:—Dinos si era entonces; nos tenías hartos con el dichoso Byron...

Ismael:—*(Sonriendo y con un gesto cómicamente amable hacia Juanita).* Era cuando dejaba las postales en el vestíbulo...

Elvira:—Eso lo descubrí yo y tuve la precaución de ponerla en tu cuarto...

Juanita:—¿Pero cuándo ocurrió eso?

Ismael:—Cuando otros olvidaban borradores en el escritorio de papá, en papel con monogramas...

Elvira:—Esto es muy grave...

Ricardo:—¿A quién se acusa?

Juanita:—*(Vacilando).* A mi no ha de ser...

Ismael:—A Ninguno... Solo quiero establecer que la luna de las barrancas y de las kermesse anda por todas partes... Y es bueno que ande. Esto tampoco es novela

de la universal señora de Braemé. Es la comedia de los pequeños burgueses, los buenos burgueses á quienes ni siquiera roza la oratoria de los socialistas; los burgueses que se compadecen de la sirvienta el día que trabaja mucho y del peón que se derrenga en la fábrica. ¿Qué menos, Dios mío, que un poco de amor? Y no es otra cosa, un poco de amor sin demasiada hipocresía ni demasiada literatura: un paseo cándido entre los kioscos de las damas de beneficencia ó un borrador en que se ha puesto cien veces la palabra «querido Ricardo»...

Elvira:—*(Aplaudiendo)*. ¡Bravo, bravo!..

Ricardo:—¿Qué has dicho?

Juanita:—Ha dicho... todo.... nos delata y nos absuelve... La luna de Belgrano le hizo bueno...

Elvira:- Estuviste galante en tu peroración. ¿Quieres decirnos ahora porqué no proseguiste el idilio?

Ismael:—Esto ya es indagar secretos. Pregunto yo acaso lo que resultó del borrador?...

Elvira:—Es muy fácil: Has encontrado el borrador porque Juanita sabe la carta de memoria... En cualquier forma, ustedes han tenido ó tienen su novela. Tu, Ismael, vives tal vez de un sueño deshecho y Juanita, más feliz, sueña viviendo. Yo en cambio no tengo borrador ni nadie se molesta en pasar las noches mirando al cielo, por si asoma la luna en el caminito amarillo de la barranca...

Juanita:—¿Empiezas con tus locuras?

Ismael:—Bien sé que no ha concluido...

Ricardo:—Hemos estado un minuto soñando todos... Y usted Elvira, que es tan buena, tan capaz de lo dulce, nos aflige con su cavilación de siempre...

Elvira:—¡Qué egoista! Así son los hombres y perdóneme la vulgaridad. ¿No me interesa acaso, la dicha de los otros? Al mismo tiempo me acuerdo que yo estoy excluída, ahora por lo menos...

Ismael:—Es que no tienes motivos...

Juanita:—No debe tener motivos...

Elvira:—¿Cómo lo saben? Nuestra existencia no es complicada, no es difícil.. Sin embargo desconocemos recíprocamente, lo que pasa en el interior de nuestros espíritus... Nos hemos sentido tocados, no tanto por lo que dijo Ismael sino porque ha hablado de las cosas que eternamente nos entristecen y regocijan, la incierta comedia de amor. Bien, yo la comprendo pero no tengo papel entre los que figuran en ella...

Ricardo:—¿Usted lo afirma? Quiere decir que usted y Luis...

Ismael:—No insistamos. Elvira es razonable, es seria. Más aun: tiene una alma profundamente leal; si ella dice tales palabras es porque las ha meditado. Si mañana se arrepiente será con igual sinceridad. Yo solo quiero que haga su gusto, que se distraiga, que viva conforme á sus propósitos, buenos siempre por ser suyos... Y ahora, hablemos de otra cosa, para que esa criatura, que ni siquiera agradece las magníficas flores que le envió Luis, no se ponga triste...

Ricardo:—Francamente, es un ramo de flores que honra á un galanteador...

Juanita:—A mi no me traen ramos...

Elvira:—Estoy muy agradecida á Luis por su regalo. ¡Un hermoso regalo!

Ismael:—También las flores están sujetas á la moda. Hoy es raro encontrar en las calles de Buenos Aires una persona con una violeta en el ojal. No es distinguido. Nos vamos volviendo graves y lúgubres como mausoleos... En el fondo, no es sino un signo del tiempo...

Ricardo:—Una paradoja nueva...

Juanita:—Otro discurso.

Elvira:—Si es tan bueno como el anterior...

Ismael:—...Un signo del tiempo. Antes la gente trabajaba, estudiaba, especulaba como hoy, pero cada cosa tenía su hora, como la ciudad tenía su carácter. El político, el comerciante, el abogado dejaban una parte de su vida al espíritu y sabían que la flor regalada por su mujer ó comprada en el cestillo de la esquina, no desprestigiaba ni en el congreso ni en la bolsa. La seriedad ha invadido rincón por rincón y solo se tiene ojos para lo que es útil en el instante y el alma está proscrita: la vida es ya una simple operación bursatil y en la rueda de las cotizaciones, el alma, el alma en cuya inmortalidad creíamos desde la escuela, nada tiene que hacer.

Juanita:—Lo que dijiste ahora y lo que has dicho antes espantaría al señor Pérez. Diría que eres socialista...

Ricardo:—Y lo es.

Ismael:—Tal vez lo soy... En cuanto al señor Pérez, creo que ha nacido para espantarse y... hacer dinero que no le sirve ni le servirá.

Elvira:—Entonces, un burgués puede ser socialista...

Ismael:—El hecho de ser burgués es una categoría

económica y el hecho de ser socialista es tener una aspiración. Hay socialistas burgueses, es decir, pertenecen á un rango elevado en la sociedad, por su situación pecunaria, por su cultura, y son no obstante, socialistas cuando piensan...

Juanita:—Dicen que los socialistas van contra las familia y la riqueza.

Ricardo:—No son dos cosas iguales. De Amicis era socialista, militaba en el partido obrero, y se me ocurre que el autor de «Cuore», no pretendía destruir los hogares, como lo creen muchos que tienen noticias de sus hijos, por los informes de la institutriz.

Ismael:—Sobre todo es una cuestión de piedad, de pura piedad. La misericordia que inspira el miserable, la mujer que se sacrifica en su miseria, con iguales derechos de ver á sus hijos limpios y sanos como los de los ricos... Y la misericordia hacia los pobres puede nacer también en el corazón de un rico....

Elvira:—Es lo que pienso. A mi no me daría miedo esa gente...

Ricardo:—Ni á mi. Si lo que sostienen debe suceder, asi será inútil nuestro miedo asi como nuestra simpatía si es una vacía quimera... Lo único que me podría separar no del socialismo sinó de los socialistas, es que son hombres como los demás, con los mismos defectos, y por lo cumún, sin las cualidades de los que llaman despreciativamente burgueses... Excepción hecha de los jefes, son personas sin cultura, y sin amplitud... Odiarán al rico porque es rico, como el señor Pérez á ellos, porque van contra el capital.

ESCENA VI

Ismael, Elvira, Ricardo, Juanita, y la Criada

La Criada:—Pregunta el señor Luis si puede pasar.
Ismael:—Pero, que pase, mujer, dile que pase...
Ricardo:—Luis anunciándose. *(Sale la Criada).*

ESCENA VII

Elvira, Ricardo, Juanita, Ismael y Luis

(Luis entra y empieza á saludar).
Elvira:—Enojadísimos con usted, primero por tardar

tanto tiempo sin visitarnos, y después por anunciarse con tanta solemnidad...

Luis:—No he venido, pero tenía noticias de ustedes; estaba muy ocupado y hasta un poco indispuesto, no mucho se entiende...

Ricardo:—Es que ni la indisposición ni los quehaceres son motivos tan serios como para desaparecer por una semana.

Juanita:—No tiene perdón Luis...

Elvira:—La indisposición tal vez no es un motivo, pero los quehaceres...

Ismael:—Los quehaceres, cuando se está acostumbrado á la puntualidad, ahogan involuntariamente.

Luis:—Supongo, Ismael, que no lo dices con ironía, como Elvira...

Ricardo:—Nada de ironías. Aqui hemos poetizado, hemos discutido, hemos arreglado el mundo... Nos hemos declarado socialistas y claro está repartiremos la riqueza...

Ismael:—Apronta tu parte...

Juanita:—¿Lo que le corresponde de lo nuestro ó la que debe darnos?

Luis:—Ya saben ustedes que no sé ni poetizar, ni discutir. Pero, estoy seguro que más de un rico quisiera no serlo para ahorrarse quebraderos de cabeza y tener la tranquilidad del pobre...

Ismael:—¿De modo que estás todavía en la época en que se creía que los pobres, con solo serlo estan tranquilos?

Juanita:—Y es cierto. No negocian y no se atormentan.

Elvira:—De manera que solo se atormenta uno cuando tiene dinero y no cuando tiene alma...

Luis:—No he querido decir eso...

Elvira:—Dejemos esos problemas... Tengo que darle las gracias por sus flores. Mire qué maravilla...

Luis:—Me las mandaron hoy de la quinta.

Ricardo:—Si yo tuviera quinta...

Juanita:—¿Qué haría?

Ricardo:—Vaya...

Elvira:—¿Y no tiene su papá una más grande en Olivos?...

Ismael:—Y también Ricardo posee una admirable...

Juanita:—¿De veras? No lo sabía.

Ricardo:—Ojalá fuera cierto...

Elvira:—¿No lo es?

Luis:—Al menos, que yo sepa...

Ismael:—Una muy grande...

Ricardo:—No se donde...

Ismael:—En tu casa, y crecen allí...

Juanita:—Cállate, si no tienen jardin en su casa.

Ismael:—Si, pero crecen borradores... *(Todos ríen menos Luis).*

Luis:—¿Borradores? No entiendo, no estoy enterado...

Elvira:—Se hablaba antes de unos borradores misteriosos y como Ricardo es un galanteador tan afortunado...

Ricardo:—Todavía no cenamos; propongo una partidita de billar Ismael.

Juanita:—Y yo apunto las carambolas *(A Ismael)*, dejémosla sola con él...

Ismael:—Acepto. Y ahora que viene Juanita, les apuesto que Ricardo no perderá.

Juanita:—Entonces yo apunto...

Ismael:—Con una condición.

Ricardo:—Sin condiciones.

Ismael:—No. con la condición de que Juanita no apunte en tu favor las carambolas que yo haga... *(Salen alegremente, Ismael, Ricardo y Juanita; ésta vuelve desde la puerta y dice:)*

Juanita:—Los dejamos solitos porque sabemos que son personas serias... *(Se escapa).*

ESCENA VIII

Elvira y Luis

Luis:—La noto un poco pálida...

Elvira:—No es nada; tampoco lo estoy hasta alarmar. Me siento bien... *(Los dos se quedan en silencio).*

Elvira:—Tenemos que hablar...

Luis:—*(Levantándose de su asiento).* Sí, tenemos que hablar...

Elvira:—Nuestra situación nos obliga á sincerarnos. Comprendo que no es fácil, que no es siquiera agradable, pero debemos ser leales ante todo...

Luis:—*(Alarmado).* ¿A qué se refiere? Ha pronunciado palabras cuyo sentido no alcanzo, mejor dicho, no quiero alcanzar, porque sería para mi como hundirse...

Elvira:—Es necesario, Luis. Mucho antes de haber-

nos comprometido como novios, fuimos amigos, buenos amigos. Cuando un amor se desvanece, puede hacer traición, puede ponerse una máscara, mas no la amistad... Yo le debo una confesión. Tal vez á usted le irrite, me culpe y me condene pero, al pasar los días, cuando un nuevo amor, más hondo, más razonable, borre el recuerdo de nuestra vieja simpatía, usted reconocerá que procedí con dignidad y con honradez... Luis. nuestro noviazgo no debe proseguir porque me expondría á engañarle. Entiéndame bien, le estimo pero no le quiero... *(Con voz quebrantada por un sollozo)*. No le amo, Luis.

Luis:—*(Con profunda emoción)*. No me quiere, no me ama... Ama á otro, quiere á otro... Lo imaginaba al verla tan displicente conmigo, como soportando por cortesía mi presencia...

Elvira:—Le he hablado sin antifaz, sin vueltas. Habré sido cruel pero leal. ¿Para qué fingir, para qué volver una triste parodía de amor lo que debe ser otra cosa, menos fria, menos artificial?

Luis:—Usted quiere á otro...

Elvira:—¿No vé? Su queja no es sino la contrariedad del despecho. Se lamenta más de que ame á otro que por dejar de quererle á usted...

Luis:—No lo admito. ¿Me oye usted? ¡No lo admito! Consiento en que me reconvenga, que no me aprecie porque soy una persona simple, sin pliegues, sin bellas palabras, pero no consiento que humille mi sufrimiento, mi amor que usted estimaría más si yo supiera pintarlo con elegancia.

Elvira:—Ahora soy yo que no le permito expresarse de ese modo.

Luis:—Pues es la verdad. Mareada por no se que sueños de grandeza, de cosas extraordinarias, empezó por hallarme vulgar *(gesto de protesta en Elvira)*, vulgar, sí, no lo niegue, y ahora usted es víctima de ese vano delirio...

Elvira:—Sea. Ello significa que no concordamos, que nuesrtas almas no andan juntas... ¿Esta en nuestras manos evitarlo?

Luis:—¿Y porqué aceptó mi proposición? ¿Le obligué yo á que me ame? Nuestra amistad era bien significativa, bien diversa de las relaciones comunes de sociedad... Vd. aceptó mis festejos y después mi amor.

Elvira:—Tampoco me acuso por eso. Entre los hombres jóvenes con quienes me encuentro, Vd. tenía la ven-

taja de su sencillez, de su franqueza tímida, de su aire humilde... Lo distinguí y creí quererlo. Me convenzo que no es así y se lo advierto... Sigamos como antes, siendo los buenos amigos de los bailes y de las tertulias, estimándonos, sin inquietar nuestros sentimientos adormecidos... Soy de otro...

Luis:—¡De otro!... ¡Y me lo dice, y quiere que sigamos como antes! ¿Me será posible venir á su casa, verla en la de mi familia, sin que me atormente la idea que pudo ser mía y es de otro?... ¿Cree Vd. que no tengo corazón porque no sé conversar galantemente y en vez de derrochar como un idiota el dinero de mi padre me preocupo en conservarlo y aumentarlo, no por mí, sinó por usted, sí, por usted?..

Elvira:—*(En tono insinuante y conmovido).* No le he negado corazón, Luis, quiero convencerlo únicamente que nuestros corazones son distintos y nuestro deber es confesarlo sin hipocresía, honradamente... Vamos, déme la la mano, de que nuestra vieja amistad no se interrumpe... *(le toma la mano, que Luis abandona automáticamente).*

ESCENA IX

DICHOS; ISMAEL, RICARDO, JUANITA

Juanita:—*(Entrando con alborozo).* Ganó Ricardo, Elvira, ganó Ricardo! *(entran Ricardo é Ismael quedándose sorprendidos)* Pero ¿qué ha ocurrido? Tu has llorado Elvira... ¿qué tiene Luis?... Lo que tenía yo...

Ismael:—No debemos saber lo que ha ocurrido...

Juanita:—*(Acercándose á Elvira y apartándola)* Se deshizo el noviazgo ¿no es así? ¿Qué le dijiste?...

Elvira:—La verdad: que no lo quiero y que amo á otro, al ingeniero Mariani... *(Luis, tratando de disimular, se acerca al grupo de Ricardo é Ismael y conversa).*

Juanita:—¡En fin! En vez de sacrificarse y mentir... Y te tiene loca el orador...

Elvira:—Y tan loca, que todavía no sabes lo más grave, la locura que cometí... lo invité á que nos visite esta noche... ahora....

Juanita:—¡Mujer! ¿Cómo te arreglarás para explicar la visita de un señor que papá ni los muchachos conocen? ¿Te das cuenta? Es enorme... ¿Le hablo á Ricardo, para que diga que lo ha invitado él?

DICHOS — LA CRIADA

La Criada:—Este señor pregunta... *(Alcanza una tarjeta).*

Ismael:— *(Leyéndola en voz alta)* Ingeniero Jorge Mariani... ¿Jorge Mariani?... ¿el socialista?... No lo conocemos...

Luis:—*(Mirando fijamente á Elvira).* Me esplico, que no lo conozcan. Es un amigo mío que me he permitido invitar, que se aburre mucho, fuera de las reuniones socialistas y quiero presentártelo, Ismael; es un hombre interesante. ¿Te molesta mi abuso de confianza?

Elvira:—*(Suspirando y apretando cariñosamente el brazo de Juanita)* ¡No puede molestar, Luis!...

Ismael:—*(Mira un poco sorprendido á Luis).* No me molesta, hijo mío, *(le sigue mirando)* ¡qué me vá á molestar!...

Luis:—Entonces, voy á recibirlo...

Juanita:—*(á Elvira).* ¿Lo habrías supuesto en Luis? El amor y el dolor lo han hecho perspicaz y heroíco...

Ismael:—*(á Elvira y Juanita).* Aquí ocurre algo que no entiendo, algo extraño.

Juanita:—¿No has dicho que en la vida de los pequeños burgueses jamás ocurre algo?

(FIN DEL SEGUNDO ACTO)

POLÍTICA NUEVA

Este año será histórico en los fastos argentinos. Será histórico, con tal que no padezca ningún contraste la nueva orientación política, cuyos comienzos marca. El país ha surgido á la vida verdaderamente democrática, por una transformación tan total y sorprendente de sus costumbres cívicas, que no registra otra parecida nuestra historia. Las elecciones libres auguradas por la larga serie de actos gubernativos que se han sucedido en el transcurso de más de un año, y que el manifiesto presidencial coronó bellamente, se han efectuado, al menos en la capital y en algunas provincias, poniendo de manifiesto la existencia efectiva del *pueblo,* tantas veces negada por los de arriba.

La elocuente significación de las elecciones provinciales del 31 de Marzo en Santa Fé, la magnífica sorpresa del escrutinio de las elecciones del 7 de Abril en la capital, y la magnitud superior á toda esperanza del mitin contra el voto venal del 14, han sido las tres expresiones características de este despertar cívico, que ni los más optimistas se hubiesen atrevido á esperar un mes atrás.

En nuestro número anterior, al comprobar los entusiastas preparativos de las elecciones del 7 de Abril, lamentábamos que el voto venal no hubiese podido ser herido de muerte. Y nos equivocábamos, como se equivocaron todos. Ha habido un partido, que negándose á aceptar las abiertas y equitativas condiciones de lucha que el presidente de la nación ofrecía á todos, creyó poder perpetuar el viejo sistema de la compra del voto, atribuyéndose por medio de él jactanciosamente el triunfo de antemano. Y ha sido vencido y burlado, y la gran mayoría lo ha visto con regocijo hundirse, pues su actitud había sido desleal y antipatriótica en la hora suprema de la prueba

en que el país jugaba su porvenir político. Desde ahora no será ya posible fundar en los millones de pesos las probabilidades del éxito: los pocos votos venales arrojados en el platillo de la balanza no alcanzarán jamás á contrarrestar el peso de la verdadera voluntad popular.

Quisiéramos que se comprendiese que no escribimos triviales frases de editorial. Existe en efecto una voluntad popular. Los que han triunfado son los partidos que están más cerca del corazón del pueblo, y es el pueblo que ha querido que triunfasen; y de los hombres, han concentrado á su alrededor el mayor número de simpatías, los de verdadero prestigio moral, no los politiqueros ni los charlatanes.

El escrutinio lo ha declarado elocuentemente. Los primeros días fueron de estupor. Los radicales y los socialistas se imponían en una forma abrumadora. Es el suburbio que se vuelca sobre la ciudad, dijeron con desprecio los *decentes*. Las cosas cambiarán cuanto entremos en el asfalto. Y se entró en el asfalto, y las cosas no cambiaron. Persistió el triunfo de los radicales, persistió el de los dos socialistas más caracterizados; y si en la lista definitiva entraron dos hombres de otros partidos, fué porque su figura personalmente prestigiosa los impuso sobre sus momentáneos compañeros de bandera á la atención de todos los electores conscientes de su voto. Salvo esas excepciones, los principios derrotaron á los hombres, hecho de indiscutible significado moral, que merece ser meditado por las futuras grandes agrupaciones que hayan de formarse. En cuanto á los politiqueros de profesión, fueron en los partidos mayores los que generalmente obtuvieron menor número de votos, y es ése otro consolador resultado de la jornada. La época de los caudillos de barrio parece pasar, y los propietarios de casas oscilantes entre el comité y el prostíbulo pueden dar por concluídos sus turbios oficios.

La victoria del partido radical es algo más que una victoria de hombres: representa la protesta de 30.000 ciudadanos contra un régimen político que ya había hecho su tiempo y sólo era una vergüenza para el país. También en Santa Fé, en Córdoba y en otras provincias el pueblo ha querido llevarlos al Congreso: en estos momentos el porvenir político del país está en sus manos. Tienen por tanto una grave misión que cumplir: les faltan hombres y un programa. Es de esperar que sabrán resolver feliz-

mente ambos problemas: formando los primeros, con un amplio y sereno criterio que escoja los mejores donde quiera los encuentre, abandonando las intransigencias inútiles ya, ó, peor, perjudiciales; é inspirándose para el segundo en las reales condiciones y necesidades del país, como se sabe, étnicamente cosmopolita, espiritualmente liberal, y económicamente agropecuario en su gran extensión, é industrial en la metrópoli. Se ha dicho con razón que una oposición se hace con gestos, pero un gobierno con ideas. Esperemos que los radicales prueben tenerlas, y buenas.

Un soplo de juventud y de entusiasmo va á ventilar en breve la viciada atmósfera del congreso. Las unanimidades obsequiosas, ó las tibias oposiciones nacidas del despecho personal, se acabarán también. Confiamos en que este año se oirá gritar un poco en esta cámara, donde todos hablan en voz vaja porque todos se entienden sin hablar. Todo lo que hagan los nuevos representantes de la capital y del interior, por mover esa quietud de capilla, será bien venido. El pueblo argentino ha entrado con pasión en la vida política; Buenos Aires ha votado como un solo hombre, y durante dos semanas ha estado febrilmente pendiente del lento escrutinio que había de manifestar su veredicto: es necesario no dejar debilitar esas energías cívicas, felizmente despertadas. Que los nuevos entrantes hagan el proceso de las oligarquías que no han advertido la enorme revolución pacífica que acaba de realizarse; que la intervención federal restituya á cada provincia argentina, como á Santa Fé, sus derechos ciudadanos; y que se forme, como ya se anuncia, la concentración de las fuerzas conservadoras. Esto último es lo que necesita el país y lo que el presidente reclama desde hace tiempo: los grandes partidos, con programas definidos, que establezcan en el gobierno la rotación política que es necesaria á toda verdadera democracia.

La Dirección.

BELLAS ARTES

Exposición Darío de Regoyos

Para M. Mauclair resulta sonoro el nombre de este viejo iluminador de telas que pretende descender de Goya, Greco y Zurbarán; pero en verdad no solo su nombre detona. Su obra y su vida retumban también con singular rumor de cosa empujada á fuerza de voluntad, y los propios juicios que suscita son remedos de tormenta, como tempestades de guignol.

Darío de Regoyos ha sido agraciado sin duda con el tesón de su raza. A los 54 años pinta como si á rigor de trabajo se hubiera hecho de los elementos necesarios para realizar su arte. Vé claro porque percibe en esquema y la reproducción de un instante ó de un aspecto afecta bajo sus pinceles la forma del comienzo de un cuadro, la sugestión primera de una obra. Se diría que deja al espectador la libertad de llenar los claros y de suponer los sentimientos. Todos le dicen ingenuo, pero tal es su ingenuidad. No impone su opinión, no influye, no domina; solo expone, se limita á mostrar, unicamente indica. Para ello es preciso atraer fuertemente la atención, es menester que la gente no pase con indiferencia sin advertirlo, hace falta obligarla á la mirada, á la detención, al examen; y de ahí viene el ruidoso reclamo de un colorismo sin motivos. Porque si es verde cuproso la «Capilla de los Reyes Católicos» (N.º 18), ó amarillo broncíneo el antiguo «Convento del Valle de Teranzo (N.º 2), bajo el ambiente de una obsesión inútil para el arte, la esmeralda y el oro se derrochan con el exceso propio del affiche; porque si el tema era tentador en «Torrecillas góticas» (N.º 17), nuestro hábito de verlo tratado en agua fuerte ó en grabado al acero, lo hace indigno del oleo y no vale á justificarlo el fácil efectismo del halo lunar iridescente.

La carrera propia de Regoyos dá cuenta de su trabajada virtuosidad. La relata el Dr. Manuel Galvez en el prólogo del catálogo, con un estudio sobre la pintura española, que es la reproducción literaria de un cuadro de Regoyos. Después de cortísimos estudios académicos, sin digestión de escuela, se dió rienda suelta á sí propio y para suerte suya cayó en el grupo del divisionismo y el puntillismo, agrupaciones que admiten todas las maneras de ver bajo el socorrido pretexto descubierto por Dalton. Sin embargo en la época de Bruselas, cuando hacía vida bohemia con Albeniz y Arbós, pintó cuadros como «El Mes de María» (N.º 28), del gris terroso usado por los italianos de la escuela de Turín.

En ese concepto, — como reproductor, ó más bien como esquematizador de panoramas, — sensual, no emocional, — virtuoso, no poético, — coloreado, no colorido, tiene algunas telas admirables. «Calle en Durango» (N.º 27), es un magnífico cuadro de luz, de lejanía, de ambiente; «San Nicolás (N.º 24), «Plaza Vieja» N.º 15), «Deshielo» (N.º 11), «Mañana de invierno» (N.º 6), son paisajes llenos de aire, con su hora exacta, su alto cielo, sus montañas reales; en «A la puerta del Asilo» (N.º 21), y en «Iglesia Antigua» (N.º 30), hay sol de veras, sol caliente, sol andaluz, y en «Naufragio en el Alba» (N.º 1), hay movimiento de agua, rumor de mar y fresco de viento húmedo.

La luz que es elemento de la obra de arte, en estos cuadros lo abarca todo, y puesto que ella es la verdad de la sensación cuya apariencia finge la pintura, una vez más demuestra Regoyos la fábula de Lohengrin: «la realidad mata la poesía».

José Ojeda.

CRÓNICA MUSICAL

El concierto Sacro

En el Teatro Colón se realizó la noche del Jueves Santo una audición de obras sacras preparada por la Sociedad Orquestal Bonaerense, que dirije el profesor Ferruccio Cattelani, figurando en el programa tres obras: «Marcha Fúnebre», de Chopin; «Stabat Mater», de Pergolesi; y «Cristo en los Olivos» (Oratorio), de Beethoven. Esta obra ejecutábase por vez primera en Buenos Aires, constituyendo por excelencia, como es de suponerse, el atractivo del concierto.

La impresión producida por este oratorio, es mediocre y la uniformidad con que la crítica y el público han expresado esta impresión, nos induce á que consideremos esta obra desde un punto de vista bien distinto del que ha servido al público y á la crítica misma. En efecto ¿no es bastante rara esta uniformidad, tratándose de una obra del maestro? Creemos, pues, necesario intentar un análisis que apartándose del criterio ya empleado, aporte una explicación naturalmente distinta. Será ó nó admisible nuestra hipótesis, pero ante todo era necesaria.

Es indudable que la mediocridad de esta pieza no se debe á limitaciones impuestas al autor, cuyo genio mismo hubiera acaso destruido el límite para crear una pieza todavía más hondamente mística que el que esas limitaciones imponían. Porque hay en muchas de sus obras una religiosidad superior á la evidenciada en el oratorio, cuya característica es la ausencia de una fuerza fundamental en este caso: la fé.

Razón de alma, como puede verse. El «Stabat Mater», considerado como obra mística, es inferior á muchas composiciones del mismo Beethoven, las que no han podido

ser clasificadas dentro del género á causa de no haber sido aquel el sentimiento predominante en el conjunto.

Y es que el maestro estaba mucho más allá de la afirmación concreta que era necesaria para sentir el «Stabat Mater». La religiosidad de Beethoven tiene algo de lúgubre y convulsa, y es instantánea, no contínua; es una vibración, no un estado. Y sería el caso de recordar, tratándose de ambos autores, aquellos versos de Amado Nervo:

«Y hay más amor en mi duda
Que en tu tibia afirmación.»

Indudablemente, en tanto que el uno explotaría el episodio dramático para llegar al consuelo después de la exaltación de la fé, el otro deja la sensación del drama exclusivamente, pero del drama sin término, sin la finalidad moral, dijéramos.

Y es aquí donde se impone una pregunta: ¿será esta una deliberación del maestro, confiando en la moral del drama en sí?

Consentimos en que, de ser así, se hubiera tratado de un empeño harto grave, pero ¿cómo explicar el error de esta obra?

El texto del tenor (Cristo) no expresa fé un sólo momento; hay en él un dolor monótono, casi razonado, si cabe la frase. La pasión no llega hasta el fervor, como lo determinaba el momento.

La partitura de la soprano (Serafín) es la que más le pertenece. Antes del dúo de esta y el tenor, la orquesta anuncia apaciblemente la aparición del Serafín. La melodía es aérea y de una sencillez que encanta.

El texto del bajo (Pedro) puede decirse calcado en el del tenor, pues caracteriza á ambos una misma emoción.

El terceto es lo más bello del oratorio, y no lo más bello precisamente en el sentido del cantable sacro, sinó que se trata de una belleza agridulce, dijéramos. En efecto, la definición misma del género imponía que la partitura de la soprano sugiriese el recogimiento ó la elocuente invitación al sacrificio. Y no es así: Beetohoven continúa en el espíritu de la melodía inicial de la soprano, que mezclada á los cantables dramáticos de Cristo y Pedro resulta de un efecto verdaderamente imprevisto....

He aquí el caso de preguntarse otra vez: ¿una intención ó un error?

Creemos que al tratarse de las obras de un genio como el de Beethoven, es no sólo necesario, sí que también acertado colocarse dentro de la hipótesis que más le favorezca.

En efecto, sentimos que hay algo vulgar, indelicado, casi grosero en el coro de guerreros, sobre todo en la frase «Sfuggir no, non potrá», pero repetimos la misma pregunta de las líneas anteriores, y proponemos, á la vez, la hipótesis más sensata con que ya hemos respondido.

Por nuestra parte, y entrando en el terreno de las impresiones personales (con permiso) afirmamos esto: «odiamos un poquito más á aquellos guerreros á quienes hemos sentido incapaces de una sola belleza... Su canto absurdo, bajo, insconsciente, está en nuestros oídos».

No dejamos de advertir que esta «intención» es un «error» en un oratorio, destinado á provocar emociones puras, á no llevar hasta la negación del perdón, pero, ya hemos dicho en el comienzo, aunque con otras palabras: en esta crónica no nos ocupamos de un oratorio, sinó de una obra de Beethoven. Este oratorio es un fracaso, pero ante todo es un modo de su genio. ¿Qué obstáculos encontraríamos nosotros mismos para no creer que el maestro intentó tal vez destruir una limitación?

Al comenzar esta crónica hemos supuesto que el autor deseaba respetar la forma común á esas obras, pero ante la evidencia de que esta resulta destruída por la fuerza misma del pensamiento que contiene ¿qué cabe preguntar?

Tanto el terceto como el coro revelan un pensamiento definido. Es posible que nuestro temperamento, y mucho más nuestra conciencia, rechazen esa manera tan personal de hacer música sagrada, pero el pensamiento existe. Desde ya, no nos gusta ni nos convence, pero no es necesario que nos guste á nosotros para ser una cosa sería, sobre todo, evidente.

Beethoven carecía de lo elemental para hacer un poema sacro á la manera del de Pergolesi ¿y porqué entonces no admitir que prefirió interpretar el drama como «realista» antes de idealizarlo falsamente?

Se dirá que la hipótesis que más favorece la prudencia del maestro no es esta, sino la de que no debió haberlo escrito. Para aceptar esto último sería menester declarar, demostrar que todo el oratorio es malo.

La introducción, el coro, el terceto final y parte del aria de la soprano, son bellas páginas.

Es necesario, además, declarar que no siempre la colaboración de los cantantes favoreció el efecto total de la obra.

Por lo demás, y como dejamos dicho, esta crónica no tiene otro objeto que aportar una idea distinta, inspirada más bien por el respeto que por la razón extrictamente.

Lo que indudablemente pretendemos es esto: que no se diga que Beethoven era menos místico que Pergolesi.

La «Marcha Fúnebre (Chopin) fué bien ejecutada, pudiendo sin embargo haber sido dada con un poco más de solemnidad en el compás.

Muy bien los cantantes, destacándose la soprano señorita Consuelo Escriche y el bajo señor Virgilio Cesari. El tenor señor Bellini posee una buena voz, de timbre agradable y puro, muy bien educada. La contralto, señora Elisa Marcomini, muy bien sobre todo en el «Quis est homo» (Pro peccatis.)

Prestó su concurso el coro de la Sociedad Ponchielli, que constituye un buen conjunto de voces, dirigido por el maestro A. Zecca.

El profesor Catelani, inteligente y correcto como siempre.

JUAN PEDRO CALOU.

Sociedad Argentina de Música de Cámara

El Lunes 8 de Abril tuvo lugar la séptima audición de la Sociedad Argentina de Música de Cámara que dirijen los señores Fontova y López Naguil.

Fué una hermosa reunión artística, no sólo por la feliz elección del programa compuesto como sigue: Primer cuarteto op. 12, Mendelsshon, Sonata para violoncelo y piano de César Franck y el cuarteto en la mayor de Borodine; sino también por la limpieza y precisión de los ejecutantes que se portaron correctísimos, pues deja verse facilmente el celo y delicadeza con que estudian los ensayos — cosa poco común en los conciertos de esta índole.

El público, más numeroso que de costumbre, aplaudió con entusiasmo todos los números del programa, especialmente los dos cuartetos mencionados de los que se repitieron algunos tiempos; pero lo que más agradó sin duda cuya re-

petición también se hizo necesaria, fué el delicioso «scherzo» del cuarteto de Borodine. Estos rusos que escriben todos con el alma, tienen la elocuencia de la frase y convencen con cuatro notas. El «scherzo» está compuesto con una melodía dulcísima, de carácter pastoral, que parece una égloga; y el autor con genial maestría tejiendo nuevas combinaciones sobre el mismo motivo, ha fabricado un diálogo entre los violines, violoncelo y viola que resulta sencillamente grandioso.

El violoncelista Bolognini

En el concierto de inauguración del Conservatorio Maurage-Marchal, realizado en el salón «La Argentina», el 17 del corriente, presentóse en público ejecutando las «Variaciones Sinfónicas» de Boéllman el joven violoncelista señor Ennio Bolognini.

La concurrencia ovacionó calurosamente al músico, exigiéndole otros números.

El éxito obtenido en la presentación hace esperar bellos triunfos para este intérprete, que merece las entusiastas demostraciones de que ha sido objeto.

Posee el señor Bolognini un gran dominio del instrumento al par que sabe valerse de todos los recursos del arco. Su preparación técnica está á la altura de su temperamento múltiple, que se adapta fácilmente á las más distintas emociones. Una de sus características es precisamente una de las más difíciles de conseguir: obtiene de su instrumento energías de una gran fuerza musical, venciendo el peligro de las modulaciones ásperas propias de la cuerda. En el «pizzicatto» pone de relieve esta condición capital, ejecutándolo con perfecta nitidez.

Sabe su apasionado, caprichoso y ligero en las armónicas, notas que matiza con gran seguridad y belleza.

Todo hace esperar, pues, que el señor Bolognini consiga hermosos triunfos para los cuales está ya suficientemente preparado.

TEATRO NACIONAL

NUEVO: «Mas allá de la ley», drama en cuatro actos del Dr. Camilo Muniagurria. «La Mancha», drama en cuatro actos del Dr. Arturó Gimenez Pastor.

Creo sinceramente que si Ibsen hubiera sido médico, su drama «Espectros» hubiera sido á su vez una sencilla página de historia clínica, igual ó parecida á las que se recopilan en las salas de un hospital. Su personaje, Osvaldo, sería simplemente el sujeto H de tantos años de edad, estado soltero, antecedentes hereditarios heredo-avarioso... etc. Luego el autor de «Brand» hubiera pasado por la solución lógica de antecedentes á consecuentes, describiendo hasta el más mínimo detalle la evolución de la enfermedad en el sujeto, hasta llegar á la atrofía ó á la muerte, habiendo antes pintado la evolución de la parálisis general progresiva... Osvaldo, para el arte, es Osvaldo, de otra manera para un espíritu científico ó presentado en el teatro con el consciente estudio de un hombre de ciencia perdería su nombre para ser conocido por un simple «sujeto».

Son formas de concepción y no puntos de vista las que determinan el arte. La concepción, á su vez, es el reflejo de la naturaleza al través de un cristal multiplicador de imágenes que se llama temperamento, y con su temperamento de médico es como ha concebido «Conrado» y «Más allá de la ley» el doctor Camilo Muniagurria. Pero el doctor Muniagurria ofrece en este orden superior de ideas un raro contraste. Su obra dramática «Como la hiedra» no revela ni hace presuponer en ningún momento un temperamento cerrado y sistemático; cerrado en el círculo estrecho de la vida ambiente, sistemático ante la visión de los conflictos é intereses que por su carácter de médico, son aquellos que más hondamente pueden interesarle ó perturbarle.

En «Más allá de la ley», el artista de «Como la hiedra» se transforma, mejor dicho se elimina. Escribe una obra en la que surge vigoroso un escritor, estudia un caso médico-legal que escapa á la acción de la ley y para ello se presenta pertrechado de fuerza satírica, de «pensamientos perfectamente imaginados en la acción y en los caracteres»; es sincero, audaz é implacable, como debe serlo todo artista que crítica los errores y los crímenes sociales. Bastaría este su propósito tan vigorosamente desarrollado en el transcurso de la obra para que se le considerara al doctor Muniagurria como una personalidad singular dentro de nuestra dramaturgía. Base de esta aserción es el hecho de su audacia, que si bien no disminuye defectos ni tolera errores, da un ejemplo quizás único dentro del teatro argentino, ejemplo que aun dentro del propio teatro europeo un gran autor vacilaría en seguirle. Mas si ahora pasamos á la obra en sí, las cosas cobran un aspecto distinto. Creo que una hipótesis simple aclarará lo que pudiera haber de oscuro en el concepto que me merece «Más allá de la ley». Ejemplo: en un diario se lee: «Anoche se suicidó descerrajándose un tiro en la sien derecha el sujeto Fulano de Tal...» Esta noticia, siempre igual, fría y vulgar, solo representa la simple constancia de un hecho ocurrido. Pero este hecho, que la síntesis informativa hace vulgar, oculta siempre un drama íntimo, un tejido compacto de antecedentes morales, conflictos oscuros y silenciosos que llevan al directo consecuente: el suicidio. Ahora bien, ¿bastaría que un escritor estudiara estos antecedentes, acumulara detalles, siguiera paso á paso la vida del suicida, observando todas las alternativas y estados de alma por las que pasa el personaje real y que luego las ofreciera en la novela ó en el teatro como obra compacta, completa y compleja, para que con ella realizara obra de arte? Indiscutiblemente, no. Mucho se ha discutido sobre este realismo observado, en momentos en que la escuela realista, en Francia, pretendía llegar á la máxima simplificación del arte, y los mismos realistas que sostenían el propósito fueron los primeros en sustraerse á él ante la imposibilidad de producir la emoción estética. Y de este grave defecto peca el doctor Muniagurria en «Más allá de la ley». Alrededor de un caso clínico, factor único del drama, acumula una observación psicológica de gran riqueza, pero que no justifica la falta de emoción estética, ni puede ser tolerada dentro del teatro, aun cuando

el propósito, la sátira, el desarrollo, el pensamiento noble y gallardo que anima los cuatro actos, le hagan acreedor de todos nuestros respetos. Al primer acto de «Más allá de la ley» se le soporta porque encierra el atractivo de la curiosidad. Audaz y por ende imprevisto, toma al público por el cuello, de sorpresa. Se asiste á los preliminares de una operación y luego á la operación misma. El autor, mejor dicho el médico, reparte el acto entre silencios y mímicas, y el operador, por mano del autor, da una conferencia bastante detallada sobre medicina operatoria. Por él sabemos las partes que interesa el bisturí, que los tejidos están distendidos, que hay pocas grasas y por fin que se hallan en la vesícula biliar. Este, como muchos otros, es un rasgo de habilidad en el hombre de teatro, pero esa misma habilidad que hace tolerable la operación á mitad del acto hace desagradable y casi diré repugnante la primera impresión que se sufre al levantarse el telón sobre aquella sala de operaciones y ante aquel cuerpo inerte sobre la mesa de metal.

«Este acto es desagradable», se dice después del primero. Después de visto el segundo se agrega: «Ya está de más». Pero vistos los cuatro se justifica la necesidad del primero, tal cual es, con toda su crudeza de imagen, con toda la falta de emoción que no sabe inspirar el dolor físico. Suprimir el primer acto significaría anular el resto de la obra. Este es uno de los rasgos más hábiles del doctor Muniagurria.

A partir del segundo acto el artista se insinúa por momentos de teatro siempre, sobre todo en el cuarto, que es á mi juicio un acto de un valor de observación psicológica y de «técnica» digno de ser aquilatado con una de las buenas escenas de Hervieu, por ejemplo. Lealmente lo creo así.

Sí, por otra parte es necesario dejar constancia de defectos, diremos también que á ratos el autor, un tanto convencional, de algunas escenas de «Como la hiedra» aparece en «Más allá de la ley», y si la acción por instantes peca de monotonía y de languidez el origen de ello, está en la aridez del asunto, al que la misma habilidad del autor no logra del todo dar el interés teatral que se exige.

En definitiva. «Más allá de la ley» es la obra más completa y más sustancial que ha escrito hasta el presente el doctor Muniagurria. Me manifiesto en completo desacuerdo con su sistema de concepción artística, aplaudo su valiente ideología y sin pretensiones de clarovidente

creo poder predecirle para el futuro la obra que dentro del terreno de «Como la hiedra» y con el desarrollo escénico de «Más allá de la ley», podrá ser escrita, dando como resultado un autor vigoroso á la manera de los que honran el teatro europeo.

* * *

En punto de alta comedia ó de comedia dramática, el teatro moderno exige una solución de continuidad en el desarrollo, que toda digresión ó incidencia que no corresponda directamente á la esencia de la obra la malogra. Este es en principio el primer yerro del señor Giménez Pastor en «La Mancha». Arrastrado por el afán de hacer crítica social sin revelar en ningún instante el conocimiento del ambiente que critica, el señor Giménez Pastor no logra su propósito. Su sátira es endeble y su moralismo tan ó más endeble que su sátira. Bien sabemos todos — cristianos democráticos — que la falta de los padres no alcanza más hasta la cuarta generación, como pretendía la sanción moral de la ley sagrada. Ni nuestro siglo, ni nuestra sociedad pasan el arado y siembran sal en el terreno de una falta, pero sí constatamos la fuerza de un prejuicio de sangre y de conciencia, es necesario exigir en el artista y en el hombre de pensamiento que nos haga sentir profundamente el choque de los sentimientos ó el vigor de las ideas adversarias. De otra manera, en la forma que lo hace el autor de «La mancha» es caer en un «ritornello» vulgar, en un prisma común á todas las manos y que á fuerza de ser común tiene los cantos gastados. Vulgar, y esto quizás lo diría el autor de «La mancha» en su defensa, es el argumento de «El nido ajeno», de Jacinto Benavente. Vulgar por lo sencillamente humano; y sólo así, con un profundo estudio psicológico, fuera de todo artificioso sentimentalismo, puede «desarrollarse» una obra como la del señor Giménez Pastor. De lo contrario, lo común, patrimonio de todos, desarrollado vulgarmente, condición de la mayoría, da como directo resultado la obra insignificante. Tales premisas, dentro de la lógica más elemental, dan origen á este simple silogismo.

El autor de «La mancha» parece ver á la alta sociedad de su país á través de las crónicas sociales, lo que sugiere la idea de que ignora los resortes que mueven á ese mundo fastuoso. Y lo demuestra así el hecho de que pinta

la vida mundana con los mismos colores con que la describiría un buen burgués de parroquia, que mirara ese mundo detrás del cortinado de un salón y sin traspasar el dintel. Esto origina en la obra del señor Jiménez Pastor la conversación que quiere ser mundana «causserie», la galantería, el discreteo, el «flirt» y otras cosas más que no logra realizar. Y porque no logra lo que se propone — son difíciles de hacer esas pompas de cristal — sus escenas escapan difícilmente al ridículo para refugiarse en lo cursi. Dijérase que ciertos autores confían más que en sus fuerzas, en las solapas del frac, para dar fuerza descriptiva á ciertas obras de gran mundo, pero el secreto — ¿verdad, Bernstein? — está precisamente detrás de las solapas: en el corazón, no en la amabilidad vacía. Ahora bien: agréguese al propósito crítico y ridiculizador un trivial infantilismo en el desarrollo del argumento... ¿El crítico social dónde está? La rana presupone la charca ó por lo menos la humedad; el crítico presupone el conocimiento amplio y consciente del medio social que critica; nace de él y sin él no vive. Matilde Serao escribió un libro de viajes sobre la Tierra Santa, sin haber pisado jamás aquellos lugares, pero en buen apuro se hubiese visto su gran talento psicológico si su obra hubiera sido de índole crítica, pues por maravillosa que sea la facultad intuitiva, crítica y sátira resultan dos infelices pordioseras que prendidas de las manos imploran la verdad, la tangibilidad del ambiente. Muerto el concepto de temor, que inspira quien satiriza, la sátira, — arma de dos filos, — se vuelve contra aquel que no sabe esgrimirla, y esto es lo que le ha ocurrido al señor Giménez Pastor.

Pasemos á la obra de teatro. Sólo tiene una escena donde la emoción se insinúa: la última del tercer acto. El resto de las escenas de los cuatro actos indican una mano inexperta en el teatro. El autor recurre, «para amenizar el acto», al personaje cómico pegado en la obra con alfileres, recurso archigastado ya hace treinta años en el teatro europeo. La falta de dominio en el desarrollo de la acción dramática hace que al final del primer acto el autor de «La Mancha» quiebre la psicología de cristal de uno de los principales personajes, en holocausto á lo que debe luego determinar en el resto de la acción. Mal movidos los muñecos por una técnica pobre, vulgar, la obra así como carece de asunto carece de interés, y la

falta de un claro, ya que no personal, concepto artístico, hace que Pierre Decourcelle y la ingenuidad y los convencionalismos de un autor de entremeses á lo Miguel Echegaray ó Vital Aza, se entremezclen en una obra que pretende demostrar un conflicto social con toda la verdad y la fuerza con que asuntos de este orden nos presentan los escritores, de lo que podríamos llamar dentro de la escena contemporánea autores del teatro positivo. Más que justo, con todos los respetos que como persona se nos merece el autor que criticamos, necesario es constatar los defectos de una obra á quien cierta crítica interesadamente benévola aplaude sin reticencias é inventa elogios después de cubrir con destreza los defectos. El público es juez en tal aserto nuestro. A él sólo debe someterse el pleito de una pregunta: ¿Cómo es posible el elogio crítico de «La Mancha» después de denigrar en las mismas columnas la honesta y bien realizada labor artística de «El festín de los lobos», de Roberto Cayol? Basta leer una y otra crítica y basta ver una y otra obra.

APOLO: «Canción de Primavera», poema rústico en tres actos del señor José de Maturana.

No cabe duda que el poeta dramático tropieza con dos grandes inconvenientes para realizar una obra que por su género encuentra, por regla general, un eco débil en el público. Son estos inconvenientes, dos valores artísticos difíciles de equilibrar: la exaltación lírica en primer término, y por otra parte, lo que podría calificarse de parte positiva ó neutra, en que la versificación, pura y simple ocupa el lugar del instante eminentemente poético.

Equilibrar ambos valores á fin de que el diapasón que vibra en sentido de verdad y de arte no corresponda á una nota falsa es una tarea que exige en el artista más habilidad que exaltación, y esta habilidad se manifiesta, como sucede en «Canción de Primavera» en una sencilla coordinación de los pasajes versificados con aquellos en que José de Maturana se entrega por completo á la descripción poética.

Creo con sinceridad y sin temor de equivocarme, que «Canción de Primavera» es la mejor obra poética que se ha escrito en el teatro argentino. Hasta ahora, las obras de este género, han sido entre nosotros simples dramas versificados, á la manera, por ejemplo, de «El Gran Galeoto» de Echegaray, pero no podría calificárseles de obra poé-

tica como lo es de extremo á extremo, el poema rústico de José de Maturana.

Con «Canción de Privamera», Maturana comienza su verdadera obra en el teatro. Este es su género y no debe distraerse en otro.

Ha escrito y ha realizado lo que se ha propuesto: hacer un poema con sabor de égloga moderna; una verdadera canción á la vida. Para lograrlo ha puesto al servicio del propósito, sinceridad, sencillez y frescura; sinceridad en el espíritu del poema, sencillez en las incidencias dramáticas, y frescura en las ideas, en los sentimientos y en la forma.

¿Qué más puede desear para su propia satisfacción un poeta que se inicia con fuerzas tan personales en un género singular en nuestro ambiente artístico, como lo hace José de Maturana? Vencidos los obstáculos que ofrece el género, el autor de «Canción de Primavera» podría cultivar el teatro poético con mano segura, pues esa seguridad de forma y de espíritu que revela en esta primer obra, vaticina para el futuro una producción sólida y de un honesto mérito artístico.

El estreno de «Canción de Primavera», dentro de la línea general de nuestra producción dramática ha sido hasta cierto punto una sorpresa, al par que una satisfacción artística. A pesar de los antecedentes que, como poeta y escritor, tiene el señor de Maturana, era más de presagiarse una obra bien intencionada que mejor realizada, y precisamente es base de nuestra sorpresa la encomiable realización artística.

En «Canción de Primavera», el autor tiene una visión amplia y elevada del ambiente rústico en el que el drama se realiza y sabe dar la nota descriptiva con un lenguaje cuyo léxico es ajeno al mismo ambiente. Logra así echar por tierra la antojadiza teoría de que la palabra debe corresponder directamente al ambiente que se describe á trueque de falsear la pintura del medio.

Maturana, poeta objetivo, tiene la condición primera para el teatro poético; ella le permite realizar los caracteres, fundir la acción en una sola pieza y dar el colorido descriptivo del ambiente, con el equilibrio necesario para el éxito.

ODEÓN: «Un Cuerpo», comedia dramática en cuatro actos del Dr. David Peña.

La nueva producción dramática del doctor David Pe-

ña produce la impresión de una obra cuyos principales componentes: caracteres, psicología del ambiente social, observación, ideas é incidencias sentimentales, se malogran y no aparecen en estrecha amalgama con una visión clara de lo que es el arte escénico. En efecto, el doctor Peña al escribir esta obra para el teatro sólo se ha sometido á su más elemental exigencia técnica: á la entrada y salida, más ó menos justificada, de los personajes, así como si un escritor que se propusiera escribir una novela creyera que logra su propósito dividiendo en capítulos un número determinado de páginas. Es de lamentar, sinceramente, que aquellos escritores que, como el doctor David Peña, realizan obra honesta y de un orden artístico superior, en cualquier forma á la expresión por desgracia dominante en nuestro ambiente, sean precisamente los que menor intuición ó conocimiento tienen del arte dramático. Hace varios años, cuando Paul Bourget entregó su primera obra á la escena de la Porte Saint Martin, si mal no recuerdo, manifestó en una «interview» que jamás se había imaginado como podía transformarse en autor de teatro debido á que su visión artística, sujeta á las leyes de la novela y sobre todo de la novela psicológica, era diametralmente opuesta á la visión escénica. Y el autor de «Cosmópolis» terminaba sacando esta consecuencia: Es necesario concebir el asunto accionado; imaginarlo sólo en un escenario aislado por completo de toda otra visión artística; para el teatro y dentro del teatro. Probó posteriormente con «La barricada» y «El Tribuno» de que su talento y su sutileza no suplían á la intuición escénica, á esa condición trivial y de forma que posee por ejemplo un autor de melodrama: Pierre Decourcelle y con la necesaria colaboración de éste, escribió sus obras de teatro: Paul Bourget, compartiendo la obra con Pierre Decourcelle! No busquemos valores diferenciales en ambos; constatemos simplemente un hecho: el hecho de que el teatro no exige para su realización un conocimiento adquirido, sino casi diré una condición innata.

Bien, pues; «Un cuerpo», obra eminentemente cerebral, de positivo mérito como propósito artístico, escrita con un lenguaje propio para la escena, pero falta en absoluto de emoción, carece de interés debido á la pobreza de la técnica, directo resultado de la falta de visión escénica en el autor. Falta en esta comedia dramática «la concepción del asunto accionado», que es el secreto del teatro.

En cuanto al argumento de la obra y á su propósito combativo, sólo podía el doctor Peña llevarle á feliz término si la comedia hubiera resultado teatral, dentro del terreno psicológico, por ejemplo, pues éste con una buena realización permite la originalidad y excluye lo vulgar con mayor ventaja sobre otros desarrollos artísticos más de «prima facie». La incompatibilidad de caracteres en el matrimonio, el yugo de la ley civil que por proteger derechos crea ó ampara injusticias y la misma actitud de la mujer obligada por la ley á vivir bajo el mismo techo que el esposo, aun cuando éste pierde todos sus derechos de marido frente á ella y de espaldas á las leyes, Paul Hervieu ya las ha tratado en «Les Tenailles» y en «La loi de l'homme». El resultado es igual. A la fuerza de la ley la mujer opone la fuerza de su voluntad. Dentro del dominio privado y llenadas las obligaciones del código se escapa á la sanción positiva para crear una nueva vida de seres sacrificados. Menos amarga que «Les Tenailles», en «Un cuerpo» vence la voluntad de la mujer, y esto hace en parte de que el efecto de trascendencia sentimental — el más importante factor combatido y convincente — se pierda en holocausto «al tout va bien si finisse bien» de las comedias de antaño. Pero éste ha sido el propósito del autor y no es á nosotros á quienes corresponde censurar. Sólo en favor del mérito combativo de la comedia dramática, debilitado por el hermoso final con que soluciona un problema social el doctor Peña, es que aventuramos una opinión. En una obra dramática mal realizada como lo es «Un cuerpo», sin mayor sutileza crítica se hallan ciertas porciones, por así decirlo, que dentro del total malogrado tienen verdadero vigor humano ó se nota una singular realización estética, y esto hace más sensible el fracaso de la obra teatral. El andamiaje con el cual construye el doctor Peña su comedia está formado por una serie de estados de alma y de conflictos pasionales que el autor no los acciona, sino que los expresa en conversaciones entre los personajes. De manera, pues, que el público, á quien se convence no con razones, sino con emociones, sabe que aquellos seres sufren ó luchan por boca de terceros, pero apenas les ve luchar y sufrir. En una palabra, el conflicto pasional «es más explicado que visto y sentido». Esto indica una concepción y un desarrollo exclusivamente cerebral, dentro de una obra que debe reposar por su índole y su finalidad, en la emoción.

SAMUEL LINNIG.

NOTAS Y COMENTARIOS

Giovanni Pascoli

Los que amamos á Italia, los que admiramos su lírica fuerte y pura, hemos sentido con la muerte de Giovanni Pascoli el dolor de las pérdidas irreparables. Irreparable para Italia, irreparable para la poesía. Para la poesía, porque no ha habido ni habrá más que un Pascoli. Otros poetas hubo más altos, otros habrá en lo futuro; más genuinamente *poetas* no. «... No hay ya dentro de mí sino una grande aspiración á amar y á contemplar» — había escrito muchos años atrás.

Eso fué sobre todas las cosas: un contemplativo, que todo lo vió y penetró con sus profundos ojos de niño grande, y todo lo amó, porque no hubo nada que no comprendiera. Si hay un espíritu afín con el suyo es el de Mauricio Maeterlinck, genial como él por la sensibilidad, como él panteista por profunda comprensión de la existencia. Los labios de Pascoli no pronunciaron jamás una palabra de odio: del Amor hizo el alma del mundo y el credo de su vida. Fué por tanto un alma cristianísima, inagotable fuente de amor, de compasión y de perdón. Toda su obra está penetrada de ese espíritu, su obra como su vida, ambas densas de humanidad.

Qué decir de su obra en una breve nota! Trabajaron de consuno en ella el gran humanista y el grande poeta, aunque soltándose á veces éste en vuelos tan libres y audaces, que casi hacíanle perder de vista á aquél. Fué, sin embargo, de la equilibrada colaboración de los dos, que surgió la obra más armoniosa y perfecta que Pascoli nos ha dejado: los *Poemi conviviali*, clásico fruto poético odiseicamente fresco, superior á todas luces, como justamente lo ha observado en «La Nación» nuestro colabo-

rador Hugo de Achával, al mismo esfuerzo clásico de Leconte de Lisle. Es en verdad un griego de genuina estirpe el que muere en Pascoli, como murió con Carducci el más soberbio representante de la romanidad rediviva.

Sus orgullos fueron empero los del humanista y del pensador. Si confianza tuvo Pascoli en algo propio, fué en sus comentarios dantescos, *Minerva oscura, Sotto il velame, La mirabile visione,* de los cuales pensaba que no han de morir. A la poesía le asignó en su vida un modesto oficio, modesto pero fecundo, porque sabía que en ella había puesto fuerza y bondad, virtudes esenciales para mover las almas. El mismo lo dijo: «Yo no creo demasiado en la eficacia de la poesía, y poco espero de la mía; pero si una eficacia ha de tener, será de consuelo, de exaltación, de perseverancia y de serenidad. Será de fuerza;porque he puesto fuerza en ella, no teniendo en mi ser, simplificado por la desventura, otra cosa que fuerza para dar; fuerza de poca vista y de poco sonido, pues no es más que fuerza, sin galas ni fanfarrías».

Lejos de nosotros la intención de analizar la obra del poeta, compleja y armoniosa trama cuyos hilos de ingenua espontaneidad trenzó él con arte consciente y sabio. La tarea rebasa los estrechos límites de una nota de homenaje, y no es prudente abordarla. Más conveniente homenaje pensamos tributar al noble cantor, dando á conocer de él á nuestros lectores en el próximo número, algunas de sus páginas más admirables.

Roca y Campos Salles

Toda América ha visto con júbilo la confirmación del rumor de que al General Roca le sería ofrecida la representación diplomática en el Brasil, hecho importante por si solo, pero que adquiere verdadera trascendencia relacionandolo con el nombramiento del doctor Campos Salles para Ministro del Brasil en la Argentina.

No sin razón decimos, en otro lugar, que este año será histórico en los fastos argentinos. El hecho que comentamos significa la terminación de diez años de suspicacias internacionales que mantenían á los pueblos de ambas repúblicas en perpetuo sobresalto. Muerto Río Branco y desvanecida en la Argentina la influencia de la charlatanería patriotera, la ocasión era propicia para que los

doctores Muller y Bosch probaran ante el mundo que la famosa frase de nuestro Presidente, «todo nos une, nada nos separa», era una verdad inconcusa, y asi lo hicieron

Complacidos anotamos este triunfo de la única política sana y seria, y esperamos que la utilización de los servicios de estos dos tan eminentes y prestigiosos hombres de Estado, sirva para algo más que un simple acercamiento entre las Naciones que representan.

Antonio Dellepiane

Nuestro distinguido colaborador y amigo doctor Antonio Dellepaine, se encuentra nuevamente entre nosotros, después de un largo y fructuoso viaje por los países europeos. Durante su permanencia en París, donde se mantuvo en constante contacto intelectual con los principales hombres de ciencia franceses, dictó un curso de sociología en la Sorbona que le valió la efusiva felicitación de las altas autoridades universitarias y el nombramiento de profesor agregado de dicho instituto de Enseñanza Superior. Hace ya algún tiempo que las puertas de la clásica Universidad parisién se encuentran fraternalmente abiertas á los catedráticos americanos y especialmente argentinos: Horacio G. Piñero, José Ingegnieros, Carlos Gallardo, Luciano Abeille, Antonio Dellepiane y otros más, han contribuido á desvanecer, en parte, el concepto deprimente en que Europa tiene á estos países de América, intelectualmente considerados. Sería de desear que este intercambio espontáneo de profesores, se mantuviera en auge, para mayor prestigio de nuestra incipiente cultura.

Julio Noé

A fines del mes pasado partió para Europa nuestro querido compañero de tareas, Julio Noé, quien nos había acompañado asiduamente en esta segunda etapa de la existencia de NOSOTROS, encargándose de buena parte de la labor bibliográfica, que en toda ocasión cumplió con fino gusto y criterio imparcial. Va á realizar un sueño que acarició largo tiempo. Visitará Italia, Suiza, España, Francia, *París!* verá — según nos dice en una primera carta — «museos, academias, parlamentos, paseos, jardines, cabezas admirables y elegantes figuritas», y nos dará cuenta de sus impresiones — como nos lo tiene prometido — en correspondencias cuyo no dudoso interés podrán apreciar nuestros lectores á su tiempo.

Nuestros más ardientes augurios de vida grata y pro-

vechosa acompañen en su paseo al amigo que temporariamente nos ha dejado.

Pallas

Bajo la dirección de Atilio M. Chiappori — el exquisito prosista y reputado crítico de arte de «La Nación» — aparecerá, en los primeros días del mes próximo, una revista de bellas artes con el título que encabeza estas líneas.

Según dice en su programa, «Pallas» prestará atención preferente á las manifestaciones argentinas del arte, pero será al propio tiempo un vehículo de comunicación entre todos los países latino-americanos y presentará á nuestro público la obra de los creadores uruguayos, chilenos, peruanos, brasileños explicada por la crítica de sus más reputados escritores.

En los últimos diez años y no obstante los sobresaltos de su organización, el país ha concretado cierta conciencia de arte. Fuera del auge literario y de la selección del gusto lírico, manifiéstase en el favor discernido á las telas y estatuas que, de mayo á octubre, abundan por todo Florida. «Pallas», revista de bellas artes dedicada al público de «élite» propónese contribuir á la orientación de tal afán todavía impreciso, hacia una vida superior, publicando trabajos inéditos de los más notorios escritores y reproduciendo obras de los más resaltantes artistas nacionales y extranjeros.»

En su primer número «Pallas» publicará los siguientes artículos: «Los plateros argentinos», por José María Ramos Mejía; «Los tres Cristos», por Juan B. Ambrosetti; «Un precursor argentino», por Atilio Chiappori; y crónicas dramática, bibliográfica y lírica por Joaquín de Vedia, Emilio Becher y Alfredo Bastos.

En cuanto á la parte gráfica, aparte de las ilustraciones correspondientes á los artículos comprenderá «El Himno», de Rogelio Irurtia, en fotografía, y «Las Parvas», dde Martin A. Malharro, en tricomía.

Los lectores de NOSOTROS conocen suficientemente la actuación literaria del señor Chiappori, para que necesitemos recordársela. Si su solo nombre no fuera ya garantía insuperable del valer de la nueva revista, bastaría echar una ojeada al sumario transcripto, para comprender que «Pallas» ocupará en nuestro reducido mundo intelectual, un lugar de preferencia. Bienvenida sea.

NOSOTROS

AÑO VI—TOMO VII

ÍNDICE

A

		Páginas
Albasio Francisco	Letras italianas	154
Alberini Coriolano	«La enseñanza de la historia en las Universidades Alemanas»	56
Amador Fernán Félix de	Brujas (versos)	277
Aymerich Juan	Poesías	109

B

Banchs Enrique	En los libros (versos	17
» »	Prólogo (versos)	92
Barreda Ernesto Mario	La cita (versos)	176
Barrett Rafael	Algunas páginas	94
Barros Nicolás	Teatro Nacional	221
Bonet Carmelo M.	La Siesta	216
Boucau Salvador M.	Día gris (versos)	49

C

Calou Juan Pedro	Crónica musical	301
Corti Alfonso	Sobre la «Psicología Musical» de Mario Pilo	35

D

De Diego Rafael	Versos	188
Della Costa Pablo (hijo)	Cuando vela Pierrot (versos)	207
Dirección La	La reforma de la enseñanza secundaria	150
» »	El manifiesto Presidencial	218
» »	Política nueva	
Dominici Pedro César	La literatura y el carácter	296

Páginas

F

Fariña Nuñez Eloy — Al margen del caos paraguayo 264
Frederich Hàns — La filosofía de los sanos 43
» » — La sofística moderna 105

G

Gálvez Manuel — La España latina: Barcelona 271
Gerchunoff Alberto — La obra de Payró 19
» » — Comedia de pequeños burgueses (teatro) 193, 278
Giusti Roberto F. — Aristarco y ellos 135
Glassier Paul — El crepúsculo de un Dios: Anatole France. 5

L

Leopardi Giacomo — Parini ó De la gloria 161, 241
Linnig Samuel — Teatro Nacional 306
López Luis C. — Versos 191

M

Maeterlinck Mauricio — La matanza de los inocentes 26
Mas y Pi Juan — Las otras vidas 179
Mazzoni R. Francisco — El conscripto (teatro) 113
Melián Lafinur Alvaro — Alejandro Sawa 81
Mendez Juan Manuel — El buen camino (versos) 50

N

Nervo Amado — Por las tierras de Castilla: Guadalajara 257
Nin Frias Alberto — Marcos, amador de la belleza 210
«Nosotros» — Notas y Comentarios 74, 157, 235, 316

O

Ojeda José — Bellas Artes: Darío de Regoyos 299

R

Robatto Domingo A. — Consejos (versos) 190

T

Talero Eduardo — Faltaba una (versos) 256

V

Villalobos Luis de — La cuestión previa 51
X. X. X. — Bibliografía 65, 227